

NOTAS DE LIBROS

PACINI HERNÁNDEZ, Deborah, FERNÁNDEZ L'HOESTE, Héctor y ZOLOV Eric (eds.): *Rockin' las Americas: The Global Politics of Rock in Latin/o America* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2004), 420 pp.

El estudio de la música rock y toda la variedad de formas que abarca, es relativamente nuevo dentro de la Academia. La situación ha cambiado desde finales de los años 70 (ver por ejemplo S. Frith, *Sound Effects: Youth, Leisure, and the Politics of Rock 'n' Roll*. London: Pantheon, 1983; D. Hebdige, *Subculture: The Meaning of Style*. London: Methuen & Co, 1979; o P. Tagg, «Analyzing Popular Music: Theory, Method, and Practice». *Popular Music* 2, 1982: 37-65), aunque las actitudes ambivalentes hacia el rock prevalecen y como campo disciplinario está aún infrarrepresentado en el mundo académico. *Rockin' las Americas* es una colección de ensayos que aspira a contribuir a «la legitimación del rock como práctica cultural y como objeto serio de estudio» (p. 21). Cooperativo en espíritu, este volumen representa un amplio rango de disciplinas, incluyendo etnomusicología, historia, sociología, antropología, literatura, estudios étnicos y de *performance*.

Además de ser una innovadora aportación a la literatura sobre música, hasta hace bien poco marginada en relevantes sectores de la investigación, *Rockin' las Americas* es un trabajo pionero en la cartografía del rock «across the Americas». Esto es así no sólo por el completo panorama que cubre el volumen (México, Brasil, Cuba, Puerto Rico, Guatemala, Chile, Argentina y Uruguay), sino también porque se intenta disipar la noción popular de que el rock es un fenómeno histórico y relevante sólo en Norteamérica y Europa. Como apuntan los editores, «los ensayos aquí contenidos intentan desafiar estas concepciones erróneas y, al mismo tiempo, ampliar la comprensión del impacto global del rock mediante la exploración de los elementos centrales de su expansión por Latinoamérica» (p. 2).

Tras examinar los problemas terminológicos y taxonómicos que han dificultado una clara definición del término «rock», los editores plantean una pregunta fascinante: «¿Por qué ha sido tan problemático el rock en el contexto latinoamericano?». Dada la desigualdad de poder y recursos existente entre Latinoamérica y los Estados Unidos, y dado el enredo causado por las intervenciones militares (abiertas y encubiertas) durante la Guerra Fría, el rock simbolizó durante décadas el imperialismo cultural estadounidense. Paradójicamente, en lugar de convertirse en un «producto impuesto desde el Coloso del norte», la música rock llegó a ser ampliamente adoptada a través de complejos procesos socioculturales. En Latinoamérica, la música rock fue la señal de alarma del capitalismo consumista que se avecinaba (una alternativa a la revolución socialista) —como cualquier producto mediático prestigioso, el «rock 'n' roll representaba la quintaesencia de la experiencia de la modernidad: su atractivo era precisamente su carácter cosmopolita, frecuentemente interpretado como sinónimo de la cultura estadounidense» (p. 8).

Un tema común que permea todos los ensayos es la compleja relación entre el rock y los discursos establecidos. La ambivalente recepción del rock en Latinoamérica (y su relación con los Estados Unidos enfatizada repetidamente por ideólogos de la izquierda), así como la aparición de un amplio espectro de híbridos del rock (como resultado de las estrategias adaptativas e innovativas adoptadas por los roqueros), son fenómenos que se despliegan en escenarios más amplios: los del nacionalismo y la modernidad. Como observa Yúdice, «el rock se enraíza en el conflictivo terreno surgido entre los proyectos gubernamentales de modernización y los mecanismos de control establecidos para frenar a la izquierda y la contracultura emergentes» (p. 353).

Cinco de los ensayos están dedicados al rock mexicano. Zolov traza la historia del rock mexicano, su relación con el discurso nacionalista, y también la amnesia selectiva que caracteriza las percepciones contemporáneas del pasado. Palacios y Estrada aportan el reconocimiento necesario del papel de las mujeres roqueras en la historia del rock mexicano, papel aún no reconocido ni valorado. Habel Pallán documenta la gestación de una producción feminista dentro del punk Chicano en la década de 1970-80, y la respuesta del masculinismo blanco del rock. En el análisis de la producción de música punk entre las chicanas de Los Angeles este y Hollywood, la autora señala «que las relaciones con otras comunidades punkies de más allá de los Estados Unidos» (p. 162) propician una comprensión del punk estadounidense dentro del contexto latinoamericano. El acertado artículo de Castillo Berthier sobre la asimilación del rock y su transformación en «una propuesta compleja y socialmente comprometida de identidad juvenil» (p. 259), examina las complejas formas de asociacionismo voluntario, la *Banda*, entre jóvenes marginales. Asensio proporciona una fascinante crónica de la música rock en la ciudad fronteriza de Tijuana, su transformación en *Electronica* en el circuito que rodea la ciudad, y la aparición del Colectivo *Nortec* como elemento local participante en la cultura global de la música *dance*. El fenómeno *Nortec*, una «amalgama transcultural de folklore mexicano *norteño* catalizado a través de la *Electronica* global», es una respuesta local, irónica y ambigua, que resalta las dinámicas de la hibridación y los usos innovadores de las técnicas y tecnologías globales en el empoderamiento de las tradiciones locales.

En su perceptiva historia del rock en Cuba (1960-80), Pacini Hernandez y Garofalo nos ayudan a comprender «la naturaleza de las negociaciones culturales entre los fans del rock y el estado» (p. 43) en la Cuba pre- y post-revolucionaria, situando el rock dentro del conjunto del paisaje musical cubano contemporáneo. Ambos discuten los elementos más relevantes de la situación, como la represión de *The Beatles* (a mediados de los 60), la emergencia de grupos como el *Grupo de Experimentación Sonora* (dirigido por el guitarrista y compositor Leo Brouwer), la *Orquesta de Música Moderna*, *Los Van Van*, *Irakere* y *Síntesis*.

Hay dos ensayos en el volumen dedicados a la música brasileña. McCann recorre la figura del enigmático cantante Sebastião Rodrigues Maia, una figura clave en la historia del *soul* en Brasil. El *soul* brasileño estaba basado en modelos afro-americanos, sin embargo era «intrigantemente diferente» (p. 69), y su desarrollo en Brasil está ligado a la articulación de una conciencia anti-racista en una sociedad que estuvo anclada, durante siglos, en la ilusión de la democracia racial. Tupinambá de Ulhoa introduce una nueva perspectiva en su análisis de la identidad nacional (brasileña) y la música popular, la de la recepción y la competencia musical del receptor.

Arévalo Mateus explora el nacionalismo y las políticas de identidad en relación con el rock en Puerto Rico, un lugar cuyo estatus e historia estimulan «poderosas y

variadas respuestas a las cuestiones de independencia, nacionalismo y colonialismo» (p. 113). En un lúcido análisis sobre el rock uruguayo (1960-1990), Abril Trigo aborda la inquietante tarea de situar el rock periférico en un momento en el que «la globalización económica satura de una manera expansiva prácticamente cada instante de producción cultural en la periferia» (p. 140).

Fernandez L'Hoeste relata la experiencia identitaria del rock en Colombia, resaltando el caso de *Bloque*, una banda roquera que llegó al mercado norteamericano a través de la intervención de David Byrne. Este ensayo «ilustra las dinámicas de la transnacionalización en la escena roquera de Latinoamérica», y la transformación del significado de la música: de ser un importante marcador de origen étnico o nacional, a «simplemente un producto de consumo global» (p. 194). Como acertadamente apunta el autor, «una música que inicialmente tuvo el significado de la diferencia, se convierte en vehículo de otras inquietudes por el interés del mercado» (p. 195).

El ensayo de Paolo Alvarado nos lleva a Guatemala, un país de compleja historia desde su emancipación. El autor, uno de los miembros fundadores de *Alux Nabual*, banda que creó e interpretó músicas muy diferentes de lo que tradicionalmente se entiende como rock «latinoamericano» (p. 220), cuestiona las categorías derivadas del esencialismo que invade la fluida recepción del mundo de toda la música procedente de países en vías de desarrollo.

Semán, Vila y Benedetti demuestran la especificidad del *rock chabón*, un conocido híbrido de rock argentino que abarca diferentes estilos y «colabora en la construcción de una identidad de jóvenes marginales que pertenecen a los sectores más populares» (p. 263). En su análisis del rock chileno posterior a la dictadura, Pino-Ojeda examina la acción del recuerdo y propone que «el rock chileno [...] mantiene un duelo irresuelto, presentado como una nostalgia engendrada por la realidad sociopolítica» (pp. 296-97).

El artículo final de Josh Kun es una elocuente representación del «drama musical global» de Manu Chao, que se dirige a uno de los interrogantes más sonoros de la globalización, la hipocresía que caracteriza las políticas actuales de inmigración, así como a otros fenómenos que han llegado a ser, lamentablemente, lugares comunes en el mundo globalizado. De especial interés resulta la entrevista que Kun le hace a Chao.

Esta destacable colección de ensayos está ligada entre sí, como señala acertadamente George Yúdice, por una «estructura de sentimiento» (p. 347). Rico en información histórica y detallado en los contextos tratados, *Rockin' las Americas* nos proporciona una imagen matizada de la emergencia social y política del rock y sus híbridos en Latinoamérica. Una útil línea del tiempo trazada por Fernández L'Hoeste (anexionada como apéndice) completa esta nueva aportación a la literatura de investigación en la música rock*.

ROSHAN SAMTANI
Brown University

RIVERA ANDÍA, Juan Javier y DÁVILA FRANKE, Adriana (eds.): *Músicos en los Andes. Testimonios y textos escritos de dos músicos del valle de Chancay (sierra de Lima)* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. 2005), 183 pp.

Este libro, breve pero denso, constituye el tercer volumen de la colección Etnográfica, publicada, bajo la dirección de Alejandro Ortiz Rescaniere, por la Pontificia

* Versión castellana de Susana Asensio.

Universidad Católica del Perú. Esta joven colección de libros está consagrada a temas antropológicos y sociológicos de actualidad y al aporte de materiales comparativos para el estudio del cambio del mundo rural y urbano de las sociedades sudamericanas en los últimos sesenta años. Los números que publica Etnográfica nos prometen describir los fenómenos actuales y proporcionar materiales confiables para el análisis serio del cambio social y cultural.

Este libro tiene un propósito específico: brindar al lector una aproximación a los músicos andinos contemporáneos. Los editores realizan esta aproximación a través de dos testimonios y dos documentos recopilados en el valle de Chancay (en la sierra de Lima), uno de los abruptos valles de la vertiente occidental de los Andes peruanos. En la introducción se nos brindan algunos datos generales acerca de la comarca en que habitan los músicos presentados, el contexto en el que se enmarcan los testimonios y los textos recogidos de ellos, y los antecedentes y las motivaciones que se han tenido presentes en la realización de este trabajo.

En los pueblos de los Andes casi todos son, en alguna medida, músicos o cantantes. Los rituales en torno a la identificación del ganado y a la limpieza de canales de riego son un buen ejemplo. En ellos se entonan canciones sin cesar, se componen versos y se tocan diversos instrumentos nativos y europeos. Los campesinos que interpretan el arpa, el violín y la mandolina son tan numerosos como los que saben tañer los tambores de cuero y corteza, o soplar las trompetas hechas con cuernos de toros. A veces, se encuentran pueblos enteros dedicados a la música y a la formación de bandas, cuyas giras a través de los pueblos andinos son tan constantes como sus fiestas.

Los dos músicos cuyos testimonios y escritos se publican en este libro, Aquiles García Pastrana y Julián Montesinos Tupia, representan dos estilos de la música que hoy predomina en los Andes. Aquiles García es el director de una banda de música muy activa hoy en día. Con ella, don Aquiles viaja por los pueblos recopilando canciones e interpretando sus propias composiciones. Julián Montesinos, ahora retirado, fue, en cambio, un cantautor que ganó su renombre en concursos provinciales y en coliseos ciudadanos. Es también notable que ambos hayan apelado a la escritura por cuenta propia: don Julián tiene un cancionero, y don Aquiles ha llenado un cuaderno sirviéndose de su entrañable conocimiento de las fiestas de su pueblo. Ambos, siguiendo una tendencia muy marcada entre los músicos de los Andes, difunden la música popular de origen ciudadano tanto y a veces más que la de sus mismos pueblos. En los Andes, como se sabe, la música difundida por las ciudades y los medios masivos de comunicación tiende a reemplazar o a fundirse con la música que cada pueblo ha conservado durante años como un patrimonio de su especificidad.

Los textos aquí transcritos son también una muestra de una actividad bastante extendida en las villas andinas: la escritura de sus intelectuales. Pero hay algo que diferencia de modo marcado esta escritura de aquella de los intelectuales provincianos, a la que tanto le debe la antropología en el Perú. En los cuadernos de Aquiles García y Julián Montesinos estamos frente a ejemplos de un particular tipo de escritura: la de campesinos, o ex-campesinos. Estamos frente a una escritura que proviene de un ámbito cuyas expresiones de su enorme riqueza cultural, han sido tradicionalmente orales. Por eso los textos que aquí presentamos tienen otro sabor distinto a los de los «señores» o «mistis» que escribían en castellano desde regiones con una densa población de habla quechua o aymara, y cuyos más importantes representantes han sido Demetrio Roca Wallparimachi, Sergio Quijada Jara, Pedro Villar Córdova, Marcos Yauri Montero o el mismo Vivanco.

Los antropólogos Rivera¹ y Dávila² nos entregan algo más bien nuevo en la literatura folklórica conocida y, por tanto, en las fuentes etnográficas andinas: un campesino, que es también un artista, se preocupa por describir el mundo, por escribir sobre ese mundo que conoce tan de cerca, en el que ha nacido. La escritura de don Aquiles parece provenir de una vida que lo ha terminado distanciando del mundo campesino. Es probable que Aquiles García no hubiese escrito lo que escribió si no hubiese visto antes la ciudad donde sus hijos medran hoy. Quizá no lo habría hecho sin haber visto el espectáculo de Lima y Huaral, dos ciudades convulsionadas, populosas, llenas de gente proveniente de todas las regiones del Perú: después de haber visto dos ciudades que reúnen las gentes de antiguas comarcas con idiomas, emblemas y costumbres distintas.

Los testimonios recogidos por Juan Javier Rivera Andía y Adriana Dávila Franke poseen, pues, un valor innegable. Nos ayudan a la comprensión de las dinámicas sociales y culturales puestas en juego en el quehacer de los músicos andinos. Nos aproximan, además, con mucho detalle, a las vicisitudes, circunstancias y maneras en que se realiza la creación musical de los artistas de los Andes. Rivera y Dávila nos entregan textos que constituyen la narración vital de compositores e intérpretes que pueblan con sus melodías las fiestas comunales y los sueños del hombre andino. Rescatan, en esta obra, no solo los testimonios de Aquiles García Pastrana y de Julián Montesinos Tupia, sino, también, una serie de textos que consignan importante información acerca del valor que ellos otorgan a su propia actividad artística y su proceso creativo. Estos testimonios son transcripciones directas de sus propios cuadernos y diarios, por lo que, al cabo de un tiempo, este libro constituiría un importante documento histórico.

EDUARDO LINARES

Pontificia Universidad Católica del Perú

PÉREZ GALÁN, Beatriz: *Somos como Incas. Autoridades tradicionales en los Andes peruanos, Cuzco* (Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2004), 270 pp.

«Para ellos, nosotros somos como Incas». Eso es lo que le dijo a la autora, en febrero de 1996, el indígena Martín Illa, refiriéndose a los turistas que desde hace décadas acuden en tropel a visitar el pintoresco pueblo de Pisac, en el «Valle sagrado de los incas», no lejos de Cuzco, en el Perú. Todos los domingos, las llamadas «autoridades tradicionales» de las comunidades rurales vecinas, ubicadas a mayor altitud, bajan al pueblo a oír misa; después de lo cual, hacen una visita al cura párroco y van a presentar sus respetos al gobernador provincial y al alcalde de la localidad,

¹ Juan Javier Rivera Andía se ha dedicado a la investigación y la docencia en la Pontificia Universidad Católica del Perú, la Universidad de Lima, el College of the Holy Cross (en Worcester, Massachusetts). Actualmente realiza un doctorado en Ciencias de la Religión, gracias a una beca de la Unión Europea, en la Universidad Complutense de Madrid.

² Adriana Dávila Franke se ha dedicado, además de las ciencias sociales, a la actuación (para teatro y cine) y a la ficción literaria (en poesía y guiones).

cruzándose de paso con multitud de forasteros que han venido de otras partes del país y de fuera.

En una de esas ocasiones, que presencié la autora, el alcalde recibió a la comitiva en compañía de un equipo de televisión. Tras los saludos acostumbrados, pidió a los visitantes que le prestaran un poncho para ponérselo y poder ser retratado con ellos; ordenándoles a continuación que formaran con él en el patio de la sede de la municipalidad. Quería que los periodistas les filmaran a todos como representantes que eran del Pisac auténtico.

Los indígenas obedecieron al punto; pero cuando ya estaban listos para la toma, uno de los cámaras observó que unos eran notablemente más altos que otros, así que pensó que quedarían todos mejor en la imagen si se reordenaban por estatura. Y así se lo dijo, con la aprobación del alcalde; sin embargo, los interpelados dieron la callada por respuesta. Entonces, un joven testigo del acto, imaginando que los indígenas no habían entendido bien lo que se les había dicho, se acercó a ayudar al alcalde a cambiar a algunos de ellos de posición, con sus propias manos. Lo que en efecto hicieron; pero una vez que hubieron terminado, y los cámaras se disponían de nuevo a iniciar la filmación, aquéllos volvieron inopinadamente a sus posiciones originales. Aunque el alcalde intentó la reordenación un par de veces más, no hubo modo de hacer cambiar a los indígenas de parecer y, al final, tanto el alcalde como los periodistas presentes no tuvieron más opción que conformarse con la toma de una imagen que era «tan poco estética» para sus fines.

Las diferencias de estatura —y el efecto «estético» que eso pudiera tener para otros— era lo que menos les importaba a tales «autoridades tradicionales», explica Beatriz Pérez Galán en este libro, basado en una tesis doctoral para la Universidad Complutense de Madrid. Lo que contaba para ellos eran las diferencias de rango entre sí, y esas diferencias eran lo que deseaban expresar formando de cierta manera, y no de otra, junto al alcalde de Pisac en el patio del ayuntamiento; cuanto más ante las cámaras de televisión. Cada comunidad indígena estaba representada por dos «alcaldes» o *varayoc*, más dos «segundas» y cuatro «regidores», en este orden jerárquico; orden que había que materializar sobre el terreno poniendo a los «regidores» en primer lugar, después a los «segundas» y en tercer lugar a los *varayoc*, que eran quienes tenían el mayor rango.

Los indígenas del distrito de Pisac conciben este orden jerárquico como una línea recta, la misma que siguen cuando marchan en peregrinación a algún lugar sagrado o cuando trabajan juntos en sus tierras comunales. Es la famosa «fila india» que ya llamara la atención de los conquistadores españoles, en el siglo XVI. El término local para expresarla es el quechua *wachu*, cuyo sentido etimológico primigenio hace referencia a esa ordenación en las faenas del campo. La posición ocupada por cada persona en una estructura formalmente tan simple refleja la jerarquía social y política de la comunidad, las diferencias de categoría entre sus miembros: las del «cargo» que desempeñan, ya que a cada rango corresponden unos determinados privilegios, así como ciertos derechos y obligaciones. La autora habla así del «*wachu* de autoridad»; esto es, de la «fila» en sentido figurado aplicada a la sucesión en el orden de «cargos» en la comunidad: una realidad institucional que hace pensar, salvadas las distancias, en el *cursus honorum* que conocían los ciudadanos de la antigua Roma.

Aparte de los «cargos» ya mencionados de *varayoc*, «segunda» y «regidor», la autora menciona a varios más, como el de «velada» o «*wifala* capitán», si bien con atribuciones en los rituales del calendario litúrgico más que en el régimen civil. Pero, en principio, todos estos «cargos» forman parte del mismo orden lineal sucesivo. Aunque bien

pudo haberse manifestado así en la práctica originalmente, Pérez Galán advirtió demasiadas excepciones a la regla durante el tiempo que vivió en la zona, entre 1994 y 1997. Notó, por ejemplo, que un mismo «cargo» puede ser desempeñado hasta tres veces por la misma persona, u otras en su nombre, lo que confiere al sistema cierta circularidad, como la de una escalera de «bucles» (p., 138), a medida de las circunstancias y los protagonistas.

A los «cargos» pueden acceder también las mujeres; de hecho, la mayoría de los «cargos» los tienen que desempeñar simultáneamente un hombre y una mujer, de ordinario su esposa o su hermana, revelando esta situación un claro dualismo de género que se entrecruza con el social expresado por el número de «cargos» para cada rango en el régimen civil: dos *varayoc* y dos «segundas» por cada comunidad, dos «regidores» por cada *varayoc*.

Contrariamente a lo que ocurriera en época prehispánica —y siguió ocurriendo hasta finales del siglo XVIII—, las diferencias en el orden jerárquico no discriminan sistemáticamente en favor de determinado linaje, sector o familia de la comunidad, sino que están abiertas a todo hombre o mujer que viva lo suficiente para ocupar todas o la mayoría de las posiciones. La estructura está incluso abierta —al menos por ahora— a los religiosamente heterodoxos, como los cristianos evangélicos: una minoría creciente en el Perú, también entre los indígenas, que, por lo que cuenta la autora, constituyen potencialmente un gran factor de transformación del sistema.

En principio, sólo hay que aceptar las reglas de ascenso desde la infancia y no salirse nunca de ellas, ejerciendo cada «cargo» como se espera que se haga: desde el de «alférez», al que acceden las niñas de entre seis y doce años de edad (y cuya principal función es portar el estandarte del santo patrón durante la misa del día correspondiente del calendario) y el de «regidor», al que acceden los niños de entre ocho y catorce años (cuyo cometido es asistir al *varayoc* en todo momento, como acompañarle de un lugar a otro y anunciarle, mediante una bocina, el encuentro con una autoridad mayor o el paso de una imagen sagrada) hasta el de «mayordomo», que representa la culminación del «*wachu* de autoridad», una posición que deben ocupar hombres y mujeres de mediana edad y a quienes se encomienda las llaves de la iglesia y, por consiguiente, la custodia de todo lo que ésta contiene y su significado.

El ejercicio de cada «cargo» dura un año como máximo; aunque, como se ha dicho, se puede volver a él más de una vez. La renovación anual tiene lugar entre el final del año cristiano y el comienzo del siguiente; los «cargos de vara», en particular —los «regidores», «segundas» y *varayoc*—, entre el día de Navidad y el 1 de enero (un interregno de «cinco días», dice la autora por error que extrañamente repite varias veces, como en pp. 156 y 178). El nuevo titular, o alguien en su nombre, otorga su consentimiento a desempeñar el «cargo» mediante un acto social muy pautado, llamado «de cariño», en el que la contraparte femenina del titular saliente, o de más autoridad, convida a aquél a beber juntos un par de botellas de aguardiente («trago» o *yanantin*) y mascar unas hojas de coca.

Todo «cargo» exige gastos en especie y servicios a la comunidad, que pueden ser onerosos para quien lo desempeñe, en clara confirmación de una antigua acepción que tiene el sustantivo «cargo» en castellano. Pero, desengañando de lo que pudiera parecer, o cabría esperar de una formación social en la que status va unido a liberalidad, no hay aquí una correspondencia biunívoca entre rango del «cargo» y gastos que conlleva, lo que tal vez sea asimismo producto de la entropía del sistema —o de su transformación ante nuevos contextos sociopolíticos— respecto de una situación original. Así,

el «cargo» más oneroso no es el de «mayordomo» sino el de *varayoc*; hasta el punto de requerir éste «de una acumulación previa que supone de uno a dos años de ahorro, según los candidatos», señala la autora. En comparación con eso, el «mayordomo» no hace mucho más que «atender [a] la manutención y los gastos del sacerdote y sus acompañantes los días en que se celebra una misa en la comunidad»; gastos que no corren del todo por su cuenta, pues el *varayoc* contribuye a sufragarlos.

Quien haya pasado por todos los «cargos», incluido el de «mayordomo», sea hombre o mujer, adquiere entonces la máxima autoridad moral, social y política alcanzable: la de *kuraq* (literalmente, «mayor» en quechua). Un status sin mando directo, pero de gran poder: son los *kuraq* quienes deben aprobar en último término todas las candidaturas a los «cargos», cuando no las proponen ellos mismos. Por contra, son aquellos o aquellas que, por voluntad o dejación, no han desempeñado todos los cargos que por edad debía corresponderles, o que no los han ejercido de acuerdo con lo esperado, o cuyas candidaturas fueron incluso descartadas o vetadas en su momento por los *kuraq*, quienes se exponen a la mayor desaprobación social. La clara contraposición jerárquica entre quien es *kuraq* y quien no lo es, parece ser el principio estructural que corrige la potencial entropía del sistema derivada de casos particulares como los que plantean los cristianos evangélicos.

Pérez Galán concentró su estudio etnográfico en la comunidad de Chahuaytiri, a 3.800 metros de altitud; la cual, hasta la reforma agraria iniciada en 1969, había formado parte de una gran hacienda en esa parte del Perú profundo. En 1996, la comunidad —dividida en dos sectores o mitades— tenía una población de 496 habitantes, distribuidos en 110 hogares. De esas 496 personas, 45 desempeñaban alguno de los «cargos» ese año y 34 habían ya pasado por todos y eran, por consiguiente, *kuraq*, encabezando el padrón de la comunidad. Sólo el 39 % de la población tenía más de 18 años. El sistema del *wachu* de «cargos», socialmente abierto y ascendente desde la infancia, proporcionaba a la comunidad una gran cohesión interna, al tiempo que daba status y autoridad según los méritos adquiridos y no por derecho de nacimiento; y aseguraba la redistribución de riqueza entre todos los hogares por efecto de las obligaciones que conllevaba cada «cargo».

La autora vio al sistema funcionar en rituales como los de Carnaval y de Renovación de las Varas de Autoridad, que describe en detalle. Los de Carnaval, también conocidos como «de uso y costumbre» y que se disimulan bajo el paraguas simbólico del carnaval cristiano, aunque con un largo periodo preparatorio —desde la Navidad anterior—, incluyen los actos de transmisión anual en los «cargos» así como una serie de visitas colectivas de reconocimiento a las casas de los nuevos oficiantes y a las lindes del territorio común. Los rituales de Renovación de las Varas se desarrollan en la Semana de Pasión, entre el Viernes Santo y el Domingo de Pascua, en lo que parece una clara asociación simbólica con la muerte y resurrección de Jesucristo. Están, además —entre otras observaciones litúrgicas—, las fiestas en honor del santo patrón de la comunidad (en el caso de Chahuaytiri, la Virgen de la Asunción) y los llamados «Días de devoción», los de marchas de peregrinación a los lugares sagrados de la comunidad que están dispersos por el Valle.

Como han hecho otros etnógrafos «sobre el mundo andino» (v. g., B. J. Isbell o J. Bastien), Pérez Galán asienta la descripción de estos y otros actos del calendario ritual indígena sobre la del ciclo de las faenas agrícolas, comenzando con el tiempo de las primeras siembras, en el mes de agosto; como si este ciclo fuera el fundamento del calendario ritual (pp. 143-170). Parece asumirse con la expresión atemporal «mundo

andino» que esto es y ha sido así desde la época prehispánica. Pero la realidad se antoja más compleja, o al menos es lo que a mí me parece; incluso por lo que la misma autora cuenta. El lector debe saber que el calendario inca, el único reconstruible de esa larga época —incontaminado todavía por la aculturación española—, no tenía una relación directa con el ciclo agrícola; su lógica inmediata apuntaba, más bien, a la cosmología y el orden sociopolítico incaicos. Y algo de eso parece que queda en la liturgia encontrada por Pérez Galán en el distrito de Pisac. El importante rito de la Renovación de las Varas en la Semana Santa, por ejemplo, tiene lugar cuando ya ha terminado el periodo de germinación de las plantas pero cuando aún no ha empezado el tiempo de cosechas. En este tiempo de cosechas tiene lugar la llamada «Fiesta de la Cruz Velakuy», en la que, sin embargo, la autora apenas se detiene; habla incluso de «la calma [ritual] relativa de estos meses» (p. 170). Por el contrario, los ritos del largo Carnaval, que se inician con la Navidad —una época de intensas lluvias, que es la de germinación de las plantas—, Pérez Galán los relaciona con el sentido de inversión cósmica o *pachakuti* en que se entendía el solsticio de diciembre (pp. 171-172).

A propósito de esta cosmología indígena, llama la atención el simbolismo sociopolítico de las orientaciones espaciales. La autora señala que, cuando las autoridades de la comunidad se dirigen o regresan de algún lugar sagrado, o van y vienen de Pisac, o se sientan para comer (situaciones todas ellas muy propicias para señalar las diferencias de «cargo» y status entre ellas), el orden jerárquico de mayor a menor rango se expresa espacialmente de derecha a izquierda, respectivamente; lo que equivale a un «circuito en sentido contrario a las agujas del reloj». Pero en este orden, paradójicamente, «derecha» equivale a «oeste» e «izquierda», a «este» (pp. 188-189); lo cual tiene que implicar, por tanto— lo que la autora, en todo caso, no aclara—, que el sur y no el norte es lo que se toma como dirección frontal.

Potencialmente más confusos aún se presentan los correlatos temporales y jerárquicos de las posiciones «atrás» y «delante»: se nos dice que los *kuraq* van asociados con el «futuro», lo que concuerda con el orden ascendente del *wachu*, pero extrañamente son ellos quienes se colocan «detrás» en una fila, mientras que los *qasiruna* (los que no ejercen ningún «cargo», por contraposición a los *kuraq*), asociados con el «pasado», se colocan «delante» (p. 190). Pérez Galán no hace mucho tampoco aquí por explicar estas correspondencias, que parecen contradictorias; más aún tomando la dirección oeste-este como la social y políticamente correcta. Tomando el caso de los *kuraq*, por ejemplo, si es que representan «el futuro» no deberían colocarse «detrás» en una formación, sino «delante»; y si el hecho es que se ponen «detrás», como hicieron los *varayoc* en la alcaldía de Pisac ante las cámaras de televisión —como hace el pastor cuando arrea a las ovejas (por emplear una metáfora a la que recurre la autora)—, la dirección oeste-este no puede entonces simbolizar el ideal de ascenso político y social indígena, a menos que los *kuraq* representen al «pasado», en el sentido de experiencia que guía a los jóvenes.

La autora no parece haberse adentrado en estas complejidades simbólicas, tal vez por no ser lo que más le interesaba. Le intrigaba más entender un orden sociopolítico no occidental, como el de los quechuas de Pisac, tomándolo como un todo; entender su pervivencia en las postrimerías del siglo XX y su sentido en el contexto general del Perú contemporáneo. Si el sistema del *wachu* de «cargos», con todo el abanico de posibilidades sociales que ofrece, con la reproducción de valores, conceptos y creencias tradicionales que facilita, y con las ventajas económicas que para todos sus miem-

bros reporta, permite una gran cohesión interna en estas comunidades —como se destacaría desde una antropología funcionalista—, cabe entonces preguntarse: ¿cohesión social frente a qué o quién?; y ¿por qué un sistema así en el Perú actual, que ya posibilita, fuera de las comunidades, mediante la emigración, otras vías de movilidad social y sin duda «cargos» más lucrativos, sin por ello tener que renegar de la pertenencia de origen? (Por no recordar la amenaza interna contra la continuidad del sistema que proviene del crecimiento de los cristianos evangélicos).

Ciertamente, las profundas transformaciones en el Perú de las últimas décadas han hecho desaparecer, en algunas zonas de población indígena, no sólo el antiguo régimen de «cargos» rotatorios, sino comunidades enteras. ¿Por qué no ha ocurrido así en el «Valle sagrado de los incas»? La respuesta de la autora —una de sus tesis principales en este libro— recuerda a la del británico Tristan Platt, a quien cita, para explicar el rechazo de los jefes nativos de la alta Bolivia a la abolición de la tributación indígena por los gobiernos republicanos nacidos de la emancipación americana: esos jefes se negaban a que desapareciera su papel de mediadores entre las comunidades originarias y el orden foráneo impuesto por los conquistadores y colonizadores españoles, papel del que dependía buena parte de su poder y de su estatus, así como la reproducción del orden tradicional de esas comunidades. En el distrito de Pisac, la estructura sociopolítica del *wachu*, y quienes la detentan por turno (los «cargos» de vara y los *kuraq*), han actuado asimismo, y siguen actuando, como la instancia mediadora entre dos mundos contrapuestos, uno aborigen y otro foráneo, aunque no por ello irreconciliables; y esa imbricación dialéctica e histórica entre «tradición» y «modernidad» es la que ha permitido, de paso, la reproducción de un orden sociopolítico de doscientos años de antigüedad, o su transformación de acuerdo con sus propias reglas, al menos hasta ahora. La autora debe mucho de este planteamiento a la obra de F. Barth (*Los grupos étnicos y sus fronteras*, 1976), P. Bourdieu (*El sentido práctico*, 1991), N. García Canclini (*Culturas híbridas*, 1992) y A. Giddens (*La constitución de la sociedad*, 1995). En el contexto del «Valle sagrado de los incas», ese mundo exterior está ahora representado por las autoridades occidentalizadas de Pisac y por una manifestación del fenómeno globalizador cual es el turismo internacional. Antes de la Reforma Agraria, estuvo representado por los hacendados locales y, antes de eso, por el régimen virreinal español.

A la interacción del presente con el turismo internacional, con todo lo que eso conlleva —incluyendo situaciones como la de aquel encuentro en la alcaldía ante las cámaras, o la construcción identitaria hecha por los guías de las agencias—, pertenecen muchas de las mejores páginas del libro. La autora transcribe directamente de sus notas de campo y algunas de ellas son realmente deliciosas, como la transcripción de esta perorata que ella y otros visitantes le escucharon a un guía en agosto de 1997:

Ustedes se preguntarán cómo la gente quechua encuentra su pareja. Hay un dicho serrano que dice: «más me pegas, más te quiero», esto es debido a que la gente quechua se enamora justamente pegándose, para ellos no existen las palabras bonitas que suelen decir ahora los modernos. Ellos cuando están a la edad de 15 ó 16 años se casan, empiezan a jugar normalmente golpeando, normalmente el hombre golpea a la mujer, pero también lo hace la mujer. Si el varón golpea y la mujer le responde, entran en un juego de confianza...

O esta otra:

Los incas tuvieron tres leyes: *ama sua*, *ama qella*, *ama llulla* [no robes, no seas perezoso, no mientas]. Y siempre a mí me preguntan: «¿Y no tenían una ley para no matar?» Simplemente esto no era necesario, porque una ley no contradice a la otra [...]. No como ahora que tenemos tantas leyes y unas con otras se contradicen y no funciona nada. El Inca sí tenía que matar, tenía que matar, nunca debió ser ley... [Traducción mía de la antigua exhortación.]

Con esta construcción imaginada de lo auténticamente incaico, presuntamente heredado y representado por los «cargos» y *kuraq* del *wachu* que pueden observar hoy los turistas en Pisac, tienen que lidiar sus propios titulares al tiempo que se las ven con las autoridades del pueblo, de quienes dependen política y económicamente. Esta forma de interacción institucional facilita ciertamente la reproducción de la estructura y funciones del *wachu*.

En la historia de la etnografía del sistema de cargos indígenas en los Andes, Pérez Galán ubica su obra en una fase «procesual» de las investigaciones, iniciada con la década de 1990. Contraponen esta fase a dos que se habían dado antes: una «materiaalista», en las décadas de 1960 y 1970, y una «estructural-funcionalista», de la Escuela de Chicago, en la de 1980. La perspectiva «procesual» habría retomado de la primera el interés por el contexto general y la diacronía, pero no habría reproducido el simplismo de sus análisis de la desigualdad y el conflicto social y político. De la segunda, habría desechado su gusto por lo sincrónico y la imagen de la comunidad como una unidad orgánica cerrada y autosuficiente, pero habría aceptado de ella el interés por las relaciones causa-efecto sistémicas.

Es verdad, como dice la autora, que este desarrollo intelectual debe mucho a los estudios de las comunidades indígenas en México y América central; pero eso no quita para apuntar también a otras fuentes, más cercanas, como la obra etnohistórica de John Murra, quien se formó tanto en el marxismo como en la Escuela de Chicago y que trabajó como etnógrafo en Puerto Rico y en Ecuador antes de dedicar más de treinta años de su vida a la etnohistoria de la región andina central, formando de paso a multitud de peruanistas. Aunque la autora cita a este influyente investigador, no lo hace en este contexto introductorio sobre el planteamiento teórico de su proyecto en el distrito de Pisac.

Un problema mayor es que no es ella misma del todo consecuente con tal planteamiento «procesual» programático, por otra parte muy defendible. En su discusión sobre las presiones y transformaciones vividas por el régimen del *wachu* desde hace siglos, se dice poco del orden político derivado del constitucionalismo peruano en el mismo distrito; con el que, sin embargo, convive estrechamente desde 1984 y que incluye una «Junta Directiva» elegida por la asamblea de los comuneros mayores de 18 años (pp. 43-44). A uno le cuesta mucho creer que ambos órdenes tuvieran poco o nada que tratarse entre sí, cuando sí que había tratos con el poder religioso y civil de Pisac. Con el mismo motivo, uno se pregunta por los efectos en la zona de la Guerra de Sendero Luminoso (1980-1992), así como de la dictadura de Alberto Fujimori (1992-2000, época ésta en la que la autora hizo su trabajo de campo).

La discusión del proceso anterior al siglo XX resulta también demasiado breve y esquemática; incluso con algún que otro error de hecho, como al hablar de los *ayllus* históricos (pp. 45 y 48) y las encomiendas (p. 49), o al hacer referencia al calendario inca (pp. 171-172). El *ayllu*, en su acepción social, no tenía originalmente el sentido

que tiene en el presente. Si hoy puede ser tomado como sinónimo de comunidad rural, en el siglo XVI indicaba una subdivisión de ésta, como parte de un todo. Así lo manifiestan con claridad las actas de las inspecciones fiscales y judiciales de las autoridades españolas; como la de la provincia de Chucuito, en la cuenca del Titicaca, en 1567. En cuanto a la encomienda, la autora la define como un derecho al trabajo o al tributo indígena, lo que en efecto era; pero también la entiende como un «sistema de propiedad», lo que no era. Al referirse al calendario inca, confunde el solsticio de diciembre con la posición cenital del sol, tratándose en realidad de dos fenómenos distintos, con distintas fechas.

En la exposición hay, además, llamadas demasiado frecuentes a lo que ya se ha expuesto, o a lo que se va a decir más adelante; como si el libro no estuviera lo suficientemente bien estructurado y el lector necesitara de estos avisos o recordatorios para no perderse en la narración. Sin embargo, la obra está bastante bien estructurada. De mayor utilidad hubiera sido añadir un índice temático al final, así como un glosario de vocablos quechuas (algunos de ellos, como «Yanaconas», pág. 53, y *Maqanakuy*, pág. 217, ni siquiera se definen en el texto).

A estas carencias y errores singulares vienen a añadirse otros, igualmente extraños e innecesarios, como el advertido antes de los «cinco días» que según la autora median entre el día de Navidad y el de Año Nuevo; o el de señalar que Nazca está «en la costa norte del Perú» (pág. 243), cuando en realidad está en la costa sur. Con estas cosas, tras leer el libro a uno le queda la impresión de que le ha faltado una revisión de pruebas final; una labor de acabado editorial que hubiera subsanado sin dificultad tales deficiencias, al tiempo que dado al contenido una mayor consistencia temática, acorde con la perspectiva desde la que Pérez Galán abordó su objeto de estudio. El libro, sin duda, se lo merecía, ya que revela un trabajo muy meritorio y contiene una información sumamente valiosa.

JUAN J. R. VILLARÍAS ROBLES
Dpto. de Antropología. CSIC. Madrid

CONTRERAS, Jesús; Antoni RIERA y F. Xavier MEDINA (dirs.): *Sabores del Mediterráneo. Aportaciones para promover un patrimonio alimentario común* (Barcelona: Institut Europeu de la Mediterrània, 2005), 269 pp.

Sabores del Mediterráneo. Aportaciones para promover un patrimonio alimentario común es el resultado de un simposio internacional organizado por el Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed) y la Fundación *Viure el Mediterrani* y celebrado en Barcelona, en febrero de 2004. En él participaron científicos -sociales, humanos, biomédicos-, chefs, escritores y críticos gastronómicos con el objetivo de debatir y realizar aportaciones, desde sus variadas perspectivas, para promover un patrimonio alimentario común: el del Mediterráneo.

El corolario de este *popurrí* de personas con miradas distintas es un plato muy aconsejable. Desde el inicio hasta el final, todas las materias primas aparecen bien mezcladas y los directores del libro —Jesús Contreras, Antoni Riera y F. Xavier Medina— las han cocinado con mesura, ofreciendo al lector un plato ameno y educativo. Uno de sus aciertos es su originalidad en cuanto a la presentación de los escritos: los textos de teoría y los de *saberes* prácticos se entremezclan de una manera muy oportuna, de tal manera que se lee, ininterrumpidamente, *ciencia* y divulgación.

Desde el principio, el título ya informa, sin ambigüedades, sobre el contenido de la obra. No es como uno de esos platos enunciados de manera rimbombante que no nos dicen nada sobre sus componentes. Por si hubiera dudas, tanto el prefacio como el prólogo dejan claro el fin científico e ideológico del libro: analizar una identidad mediterránea desde la diversidad (de ahí el término *sabores*) en el contexto contemporáneo de la globalización. Se trata de defender no sólo una parte importante del patrimonio cultural sino también una manera de vivir.

La aportación que estamos reseñando no es fruto de la nada sino de una «tradición» de trabajo, sin duda acertada, sobre la cultura alimentaria mediterránea. Gracias al buen hacer del Instituto Europeo del Mediterráneo, mayor incluso que el de algunas instituciones o universidades nacionales cuando hablamos de esta materia, ya hemos disfrutado de dos interesantes libros multidisciplinarios sobre esta temática (Medina 1996; Barusi, Medina y Colesanti 1998).

El que tenemos ahora entre manos prosigue con esta tarea. En la introducción, los directores del libro presentan las primeras reflexiones y justifican el hilo conductor: «dilucidar si existe o no un fondo culinario y alimentario común en el área mediterránea [...] o bien si las diferencias existentes son tan importantes que simplemente es imposible el planteamiento de este concepto como tal» (p. 20). Buscando posibles respuestas han organizado el libro, en virtud de una lógica aparentemente histórica, en cuatro puntos: 1. Orígenes, fundamentos y permanencias; 2. Continuidades y rupturas, incorporaciones y diversificaciones. El Mediterráneo como banco de pruebas; 3. Innovación industrial y tecnológica. La carrera del progreso; 4. Difusión, comunicación y mercados locales y globales. De la dieta mediterránea al patrimonio alimentario y al valor de los estilos de vida.

Antes de entrar de lleno en esta lógica temática, Françoise Aubaile-Sallenave e Isabel González Turmo complementan la introducción. La primera, aborda la problemática del sistema agroalimentario actual: la dialéctica entre unidad y diversidad. Es una disputa reciente que ha provocado el nacimiento de una legítima preocupación por la defensa del patrimonio y, por lo tanto, una inquietud sobre la propia identidad. La segunda, sostiene la necesidad de considerar la estructura social, la actividad laboral, la etnia, el género y la religión para el análisis de las cocinas mediterráneas. Como buena estudiosa se hace también algunas preguntas interesantes —¿es posible hablar de un sistema culinario mediterráneo? ¿por qué la vuelta a los sabores de siempre?— y realiza un recorrido histórico de *nuestros* cultivos (trigo, vid y olivo). Me parece importante resaltar una de sus observaciones porque da pie para una abundante reflexión: «lo importante no es el sabor, sino la aceptación colectiva del significado» (p. 60).

Terminada la introducción entramos en los orígenes, fundamentos y permanencias de la alimentación en el área mediterránea, comenzando la indagación desde la prehistoria. De ello se encarga J. Juan Tresserras aportando unos datos que contribuyen a paliar la escasez de material científico que hay sobre este periodo histórico referente al asunto que nos interesa (a pesar de que algunos textos divulgativos de estudiosos mediáticos parezca que contribuyan a lo contrario). Como sostiene Juan Tresserras, la arqueología de los alimentos es una disciplina en desarrollo, fruto, tal vez, del propio contexto de la globalización que ha favorecido la búsqueda de las fuentes primarias del producto con el fin de patrimonializarlo. Su trabajo es una buena síntesis que recoge los conocimientos fundamentales sobre historia de la alimentación en el Mediterráneo, desde los orígenes hasta la romanización, y aporta nuevos datos, fruto de sus actuales trabajos de campo.

El camino emprendido no podía dejar a un lado a los griegos clásicos. M.^a José García Soler se encarga de transmitirnos el papel que desempeñaron en la actual cocina europea. Describe la cocina griega de la Antigüedad comenzando, como tiene que ser, por la poesía homérica. Este artículo patentiza el nacimiento de una filosofía alimentaria que ya echábamos de menos¹. Salvo los tópicos sobre el vegetarianismo total de Pitágoras (lo que no prescribe en absoluto) y su abstención de las habas (citada por Aristóteles)², no teníamos muchos datos que permitieran abordar cómo entendían los filósofos clásicos la alimentación.

A buen seguro que los poetas griegos, los presocráticos y el resto de ciudadanos de la *polis* consumían plantas silvestres, pero hay poca información sobre este asunto. Así lo pone de manifiesto Füsün Ertug. Como dice, seríamos incapaces de vivir sin estos alimentos pero no sabemos la importancia que tuvieron en la Antigüedad en la dieta de los hombres. Tampoco somos capaces de sacarles un gran partido en el momento actual (menos en el contexto urbano). En mayor medida que otros alimentos, las plantas silvestres han permanecido inalterables al paso de los tiempos: son las mismas y se consumen de la misma manera que en tiempos de Heródoto.

Para terminar con los orígenes hay que referirse obligatoriamente a la época romana. De ello se encarga Annamaria Ciarallo que escribe un texto sobre su cultura mental y material alimentaria, que nos hace entender la Antigüedad de algunas de nuestras costumbres actuales. Destaca el papel que tuvo el vidrio en aquella época, semejante al que hoy en día tiene el plástico.

A continuación, los directores del libro nos adentran en las continuidades y rupturas, incorporaciones y diversificaciones alimentarias. Massimo Montanari nos habla de todo este asunto en la época medieval y en la era moderna. La cultura del pan, del vino y del aceite (propios de la civilización agrícola romana) chocó con la cultura de la carne, de la cerveza y de la mantequilla (pueblos germánicos). Así nació un modelo romano-bárbaro que transformó la alimentación «mediterránea» del medievo caracterizada por un sincretismo del que formaba parte también la cultura islámica. Todo ello configuró una nueva identidad mediterránea, cuyos rasgos ancestrales permanecen en la actualidad. Como decimos, la civilización árabe-islámica forma parte de este mestizaje. Sus influencias en al-Ándalus las aborda Manuela Marín. Una de las aportaciones de esta civilización fue la producción de libros de cocina. La autora destaca uno de ellos —*Relieves de la mesa, sobre manjares y guisos*— compuesto por Ibn Razin al-Tuyibi. El análisis de este «código gastronómico de jerarquía social superior» (p. 139) proporciona amplios conocimientos sobre la cultura alimentaria de la época y nos hace comprender el porqué del mestizaje de nuestros platos actuales.

Otras transformaciones también afectaron los hábitos alimentarios presentes. Gracias a la conquista del Nuevo Mundo hoy podemos disfrutar de tomates, patatas, etc. La argumentación de Montanari no hace nada más que confirmar que la alimentación mediterránea contemporánea tiene unos orígenes verdaderamente antiguos y es el

¹ Los filósofos se han apuntado recientemente a filosofar sobre la alimentación. Un ejemplo es el libro de Rigotti (2001). También es interesante el trabajo de Echanti (2004).

² Las reglas de abstinencia y las prohibiciones de los pitagóricos están recogidas en sus «Acúsmata» (cosas oídas). Quien tenga interés, puede consultar el libro de Kirk, Raven y Schofield.

resultado de intercambios culturales constantes. Es necesario entender, pues, su dinamismo y no reducirla a una prescripción higiénica. El intercambio colombino también es analizado por Dominique Fournier y por Alexandra Guigoni. El primero, destaca que el sistema alimentario mediterráneo actual no se puede entender sin la aportación de los productos americanos. Su gran aportación reside en proporcionar explicaciones antropológicas sobre la aceptación o las resistencias a aquellos productos «complementarios» por parte de los campesinos. Una hipótesis atrayente es que los alimentos americanos fueron aceptados porque favorecían los deseos de apertura del campesinado y su propia posición en el mundo. La segunda, analiza este intercambio colombino en un caso en concreto: Cerdeña. Como sostiene Guigoni, en el sistema agroalimentario sardo hay rasgos distintivos de las plantas de origen americano: maíz, tomate, patata, higos chumbos y judías. Su artículo ofrece explicaciones sobre el recorrido que realizan estos alimentos hasta ser aceptados sin paliativos.

Siguiendo con el recorrido propuesto por los directores del libro llegamos al capítulo de la innovación industrial y tecnológica. Alberto Capatti resalta el papel de la industria en la invención de unos alimentos «mediterráneos» con capacidad para transportarnos simbólicamente a un pasado idílico en la Creta de los años cincuenta; imagen creada por la propia industria y por algunos científicos estadounidenses. Jean-Robert Pitte proporciona información sobre los siglos XVI-XIX. Diversos adelantos —los progresos de la navegación, del transporte ferroviario y por carretera, la tecnología— afectaron a la producción y distribución. Este autor sostiene que hoy en día asistimos al retorno de la diversidad y propone el matrimonio entre el sector agroalimentario y el turístico como fuente de riqueza. Cristina Larrea acomete el análisis de las topografías médicas del siglo XIX para realizar una aproximación antropológica al estudio de las prácticas alimentarias de las clases populares en la Cataluña del siglo XIX. Destaca que estas topografías, resultantes de la medicina social, constituían verdaderos manuales higiénico-morales donde se relacionaban los aspectos sociales, culturales y económicos con la insalubridad. Son documentos generosos en descripciones de la vida de las clases populares de la época y por lo tanto un estupenda fuente de información de la cotidianidad de unas gentes muchas veces olvidadas.

El último apartado del libro aborda el presente y el futuro. Jean-Pierre Poulain insiste en la necesidad de considerar la herencia plural de *nuestra* alimentación en la búsqueda de una denominación para el futuro. Explica los factores que caracterizan la modernidad alimentaria: la medicalización, la politización, el crecimiento del componente jurídico y la patrimonialización. Es un buen análisis para comprender dicha modernidad, que concluye con una esperanza: el trabajo conjunto de los científicos sociales y los biomédicos para entender la diversidad de la alimentación mediterránea y su relación con la salud. El artículo de Lluís Serra Majem nos hace albergar pocas esperanzas en este sentido, ya que insiste en la versión biomédica de la dieta mediterránea, cuya denominación sería una «temeridad cambiar» (p. 233). Finalmente, Lawrence Bérard y Philippe Marchenay concentran su atención sobre el patrimonio (finalizando un recorrido «histórico» que comenzó con la Prehistoria). Con sencillez, pero con rigor, exponen los rasgos que lo definen. Nombran con acierto a los denominados *neorrurales*, a los que muchos olvidan y a los que quizás habrá que considerar como actores importantes en la recuperación de alimentos en peligro de extinción.

La conclusión del libro es un excelente postre que no desmerece la ingestión de los textos anteriores. Jesús Contreras, Antoni Riera y F. Xavier Medina recapitulan las ideas expuestas a lo largo de la obra y realizan una síntesis histórica ejemplar para

quien desee comprender la cultura alimentaria mediterránea. Terminan con el asunto de la patrimonialización complementando parte de la información proporcionada por Lawrence Bérard y Philippe Marchenay y exponiendo los retos del presente y del futuro del sistema culinario mediterráneo, así como los desafíos pendientes en materia de investigación. Coinciden con Andreu Claret, autor del prólogo y Director del Institut Europeu de la Mediterrània, en que proteger el patrimonio común alimentario es también un asunto ideológico: defender «una filosofía alimentaria de unos estilos de vida determinados» (p. 268).

Para concluir con esta reseña quiero señalar, como ya adelanté, que el libro recoge no sólo las aportaciones mencionadas de los teóricos, sino también apetitosas recetas y gustosos ensayos de escritores y críticos gastronómicos. Los textos divulgativos (algunos incluyen también recetas) complementan la información de los argumentos de los teóricos, y están firmados por importantes figuras del panorama culinario internacional, como Kamal Mouzawak (Beirut), Victor G. Gloger (Tel Aviv), Vefa Aleksiadou (Atenas), Claudia Roden (Londres) o Toni Massanés (Barcelona).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BARUSI, A.; F. Xavier MEDINA y Gemma COLESANTI (eds.). 1998. *El color en la alimentación mediterránea. Elementos sensoriales y culturales de la nutrición*. Barcelona: Icaria. (Existe también una versión en italiano publicada en Bolonia por la Regione Emilia-Romagna).
- ECHANDI, S. 2004. «El cocinero sofista y el cínico caníbal. Márgenes de la razón dietética griega», en A. Millán (comp.), *Arbitrario cultural. Racionalidad e irracionalidad del comportamiento comensal. Homenaje al Dr. Igor de Garine*: 583-599. Huesca: La Val de Onsera.
- KIRK, G. S.; J. E. RAVEN y M. SCHOFIELD. 1987. *Los filósofos presocráticos. Historia Crítica con selección de textos*. Madrid: Gredos.
- MEDINA, F. X. (ed.). 1996. *La alimentación mediterránea. Historia, cultura, nutrición*. Barcelona: Icaria.
- RIGOTTI, F. 2001, *Filosofía en la cocina. Pequeña crítica de la razón culinaria*. Barcelona: Herder.

LUIS CANTARERO
Universidad de Zaragoza

MEDINA, F. Xavier: *Food Culture in Spain* (Westport, Connecticut: Greenwood Press, 2005), 192 pp.

Food Culture in Spain es un texto que se incorpora a la colección *Food Culture around the World*, de la editorial norteamericana Greenwood Press, que ya ha editado textos similares para China, Gran Bretaña, India, Italia, Japón, México, Medio Oriente y África. Por esa razón, la obra ha debido ajustarse a un índice común a toda la colección, que comprende una aproximación histórica, alimentos e ingredientes principales, cocina, platos típicos, restauración, comidas especiales, dieta y salud. Además, ofrece una tabla cronológica, glosario, bibliografía especializada y recomendaciones audiovisuales, bibliográficas y electrónicas.

Food Culture in Spain es un libro útil y ameno. Su autor, F. Xavier Medina, es un buen especialista en antropología de la alimentación y ha sabido encontrar ese difícil punto de equilibrio que aúna la divulgación y el rigor científico. El autor empieza contextualizando la realidad alimentaria de los españoles en el ámbito mediterráneo, entendido como un estilo de vida antes que como un espacio geográfico. La revisión histórica del tema es fluida, didáctica y, como ocurre con otros textos de esta colección, muy ambiciosa, si se considera la limitada extensión donde se pretende ofrecer una visión de la alimentación española desde el Paleolítico hasta la actualidad.

La relación de alimentos que se describe es también bastante exhaustiva: pan, cereales, legumbres, vegetales, hierbas, especias, frutas, lácteos, carnes, pescados y bebidas; todo ello salpicado de referencias históricas y alguna que otra receta.

En el apartado de cocina, el autor analiza la transformación del papel de la mujer en el hogar y en el trabajo, y hace una revisión de los principales recetarios históricos de las cocinas de España, para pasar posteriormente a los procedimientos y a los utensilios culinarios. La fragmentación de la realidad culinaria en regiones demuestra, sin duda, una voluntad *abierta* de acercamiento al tema, si se considera que otros textos de la colección analizan la cocina de cada país como si de un conjunto unívoco se tratara. No obstante, resulta, de partida y a nivel de colección, un esquema algo rígido, si se comprende la riqueza con que se ofrece el difícil mundo de las cocinas en un Estado como el español, donde el modelo territorial que las ha definido no ha sido necesariamente el regional y donde otros factores han contribuido a tejer un complejo y solapado mapa culinario. En cualquier caso, la descripción de prácticas, hábitos y estilos de vida relacionados con el universo culinario confiere al texto la riqueza y cercanía que la rigidez del índice podría haberle arrebatado.

La revisión histórica del comer y beber fuera de casa en España es interesante y se completa con una descripción de las características generales de los bares, restaurantes, sociedades gastronómicas, establecimientos de comida rápida y a domicilio, comidas campestres y hasta comedores escolares e institucionales. También se hace una descripción de los hábitos alimentarios en los ciclos festivos y, por último, se exponen algunas cuestiones sobre los cambios dietéticos y la salud, con consideraciones especiales sobre la obesidad, las enfermedades cardiovasculares y el cáncer, entre otros, para concluir con algunas notas sobre la dieta mediterránea como modelo alimentario recomendado por los nutricionistas.

Se trata, en definitiva, de un libro muy completo y de fácil lectura. Sólo se echa en falta su traducción al español. Sería, sin duda, de sumo interés para lectores muy diversos de ambos lados del Atlántico: viajeros, aficionados a la gastronomía y a la historia, y docentes de Cultura Alimentaria en los distintos ciclos de la enseñanza.

ISABEL GONZÁLEZ TURMO
Universidad de Sevilla

FERRÁNDIZ, FRANCISCO y Carles FEIXA (eds.): *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia* (Barcelona: Anthropos Editorial, 2005), 237 pp.

«¿Qué une y qué separa a los *muchachos* de la guerrilla salvadoreña, los *jóvenes leones* sudafricanos, los adolescentes de la *intifada*, los *porros* mexicanos, los *etarras* vascos, los *guerreros pacíficos* del gueto afroamericano, los *sicarios* colombianos, las

barras bravas chilenas, los *marialionceros* venezolanos y los *globalifóbicos* del movimiento de resistencia global? [...] ¿Por qué la juventud se convierte, para muchos de ellos, en un combate sin descanso, en una guerra interminable, en una edad sin tregua?». Estas y otras preguntas se hacen los coordinadores a las alturas de la página 209 del libro que es objeto de este comentario y que recoge una serie de magníficos trabajos de etnografía de la violencia y las culturas juveniles.

El objetivo de Francisco Ferrándiz y Carles Feixa —dos «jóvenes» antropólogos españoles que han mostrado ya su pericia etnográfica trabajando en situaciones de violencia juvenil (o no) fuera de nuestra cómoda situación de etnógrafos domésticos— era ofrecer una recopilación de análisis sobre la violencia juvenil en una perspectiva transcultural, que ayudara, por un lado, a captar la enorme complejidad de las *políticas de la violencia* que nos rodean cotidianamente y conforman buena parte de nuestra realidad globalizada, y, por otro, a penetrar en las más particulares formas de las *culturas de la violencia* frecuentemente relacionadas con los sectores juveniles. El libro presenta una impecable estructura que agrupa los distintos capítulos, cada uno de un autor diferente y dedicado a una etnografía particular, en torno a estos dos grandes polos de reflexión y que se completa con un análisis final de los editores, en que se agregan, critican, deconstruyen, reconstruyen... los principios teóricos, maneras comunes y relaciones habituales que se utilizan para explicar la que se ha dado en considerar como «natural» relación consustancial entre jóvenes y violencia.

Encontramos en el libro casos con orígenes geográficos y políticos, situaciones sociales y tipos de violencias muy distintas, que nos sitúan a África y Europa, España e Iberoamérica, Norteamérica y Próximo Oriente formando parte del mismo tapiz, que es recorrido en todas direcciones por situaciones extremas de guerra, guerrilla, terrorismo, resistencia y pobreza. Se recogen ensayos ya publicados en revistas académicas prestigiosas, que han sido traducidos especialmente ahora, junto a otros textos que son producto de etnografías más recientes, con la finalidad de hacer posible la lectura en castellano de un conjunto representativo de textos de acceso difícil o más restringido y de mostrar, con todos los capítulos juntos formando una auténtica unidad, la potencia de pensamiento, pero también las posibilidades para la acción, que la antropología puede aportar al análisis social y a la práctica política en los terrenos de la desigualdad y el conflicto del mundo actual.

Tras el comienzo estremecedor del recuerdo reconstruido y el presente no olvidado de su presencia en la guerra de El Salvador por parte del antropólogo de California, Philippe Bourgois, el lector debe enfrentarse al estupor que produce la violencia desencadenada y enraizada en la tierra y en la gente por la lacra del Apartheid sudafricano de la mano de su colega, Nancy Scheper-Hughes, cuyas etnografías del dolor del cuerpo y de la muerte son bien conocidas (y no suelen ser olvidadas por quien las ha leído); pero antes ha tenido que atravesar el campo de frontera en el que tiran piedras, son detenidos y torturados, y se construyen como hombres, los chicos palestinos de la *intifada* entre los que ha vivido Julie Peteet, y después pasar por el examen de las posibilidades de manipulación política de los grupos juveniles violentos que nos muestra Larissa Lomnitz con el ejemplo de los *porros* que actúan en la universidad y la ciudad de México. Hasta aquí no hay tregua en la lectura, pero todavía llega algo, igual de doloroso, pero más cercano, o de lo que creemos conocer más, la vivencia de la violencia en el País Vasco y el relato de un antropólogo participante, Joseba Zulaika, intentando dar respuesta a la pregunta que escuchó de unas mujeres de su pueblo: «Pero, ¿cómo es posible eso?». Quizá la imparables escalada de

violencia que el libro nos muestra hasta aquí, ayude también al lector, aunque sea sólo una circunstancia añadida, a comprender mejor cómo el ambiente de los gimnasios donde los jóvenes norteamericanos segregados por origen étnico practican un deporte que a mucha gente repugna por ser violento, es precisamente un refugio frente a la violencia, la que estructuralmente preside las calles del gueto negro de Chicago, en el que vivió y entrenó como boxeador con ellos el sociólogo francés (y blanco) Loïc Wacquant (de él podemos leer en castellano el relato de su «conversión» a boxeador en el libro *Cuerpo y alma: Cuadernos etnográficos de un aprendiz de boxeador* publicado por Alianza en 2003).

La violencia como un constitutivo fundamental de la sociedad mediatizada ha llegado, a través de su utilización hegemónica por los medios de comunicación de masas, a ser también elemento consustancial en la configuración identitaria de grupos enteros de edad: los jóvenes; pero también de grupos sociales completos: los pobres de las grandes ciudades; de aspectos más concretos de prácticas culturales: las religiones y rituales considerados «sectarios» o los hinchas del fútbol; hasta llegar a condicionar la imagen y el imaginario de países enteros, como ocurre con Colombia. Los casos de que tratan los capítulos de la segunda parte del libro abordan esta situación, mostrando la cualidad de la etnografía para profundizar y dar explicación a cuestiones que suelen tratarse desde un punto de vista eminentemente político, pero sin contar con una base analítica distinta a la que continuamente ponen a disposición los grandes, potentes económicamente y muy definidos ideológicamente, medios de comunicación internacionales. Por eso resultan tan interesantes y fértiles trabajos como el de José Fernando Serrano sobre las construcciones en torno al género y la violencia cotidiana de los jóvenes colombianos. El llevado a cabo por Humberto Abarca y Mauricio Sepúlveda pone en interacción la violencia masculina y el enfrentamiento de hinchadas contrarias en el estadio de fútbol con el asunto de la construcción de una nueva identidad territorial en un asentamiento periurbano, producto de la erradicación forzosa de una zona de Santiago de Chile durante la dictadura. La estremecedora etnografía de Francisco Ferrándiz muestra cómo, dentro del culto popular a María Lianza, algunos médiums incorporan espíritus de africanos y vikingos que exigen de sus cuerpos autolesiones y efusiones de sangre, cercanas a las propias heridas y cicatrices que ya configuran su mapa corporal de jóvenes ligados a la violencia estructural de los barrios pobres y marginales en que viven, pero que remiten también a un imaginario de resistencia violenta, que conforma el recuerdo elaborado en torno a la antigua explotación esclavista en Venezuela. El último capítulo, de Jeffrey S. Juris, forma parte de una experiencia etnográfica mayor dedicada al estudio del activismo transnacional y el movimiento antiglobalización, y analiza de qué manera la violencia juvenil fue un asunto no sólo de representación por parte de un grupo activista, el *Black Bloc*, que recurre para ello a sus propios medios y redes de comunicación alternativa, sino también utilizada por los medios de comunicación masiva para la construcción de la imagen de una ciudad asediada por la violencia incontrolada de los grupos juveniles, durante la concentración del G8 en Génova, en 2001.

El epílogo de los dos coordinadores del libro contiene un resumen analítico de los principios teóricos que a lo largo de las páginas anteriores se han ido desplegando y establece de un modo crítico cuáles deben ser los parámetros del análisis social en las relaciones entre violencia y juventud. Pero además, el epílogo contiene un *post scriptum* para acoger un mínimo análisis de urgencia, enfocado al mundo juvenil, de la brutal agresión a los trenes de Madrid del 11-M. Utilizando una evocadora metáfora, Ferrándiz

y Feixa (p. 228) aluden a la enorme cantidad de heridas causadas por las bombas en los ojos de los viajeros. Heridas en los ojos: quemaduras en los párpados y pestañas, desprendimientos y hemorragias en la retina, impactos en la córnea. Pero, como ellos escriben: «Con ser terribles, estas heridas eran apenas el tejido orgánico rasgado por las escenas indescriptibles que estas víctimas pudieron ver». Después, los impactos se extendieron y afectaron a todos, porque todos fuimos testigos: «Las heridas de los ojos y las heridas de la mirada de las víctimas del 11-M se inscribieron paulatina y traumáticamente en el cuerpo social y político con el paso de las horas [...] Ahora no podemos perder la vista. Al contrario, tenemos la posibilidad de convertirla en un aparato crítico [...] El titular del artículo aludido anteriormente era 'Ojos salvados', en referencia a las intervenciones de urgencia llevadas a cabo por el Servicio de Oftalmología del Hospital Gregorio Marañón. Así, por continuar con el símil, parece imprescindible —urgente— que esta mirada herida por la violencia del 11-M esquive, en una suerte de *oftalmología social preventiva*, las tentaciones de rencor, el odio o el partidismo y se despliegue en forma de clarividencia o lucidez [...]» (pp. 228-229).

Sin tregua, pero con esperanza acaba nuestro libro. Un libro de jóvenes, hecho por jóvenes (aunque no todos de edad juvenil) y para jóvenes. Un libro de antropología que enseña cómo la antropología tiene mucho que decir cuando se trata de explicar el mundo de hoy y que no sólo consiste en la descripción del tipismo y el exotismo de otros distintos a nosotros. Un libro que muestra cómo el análisis riguroso de una ciencia social no tiene por qué estar reñido con las descripciones densas y concretas, pero tampoco con la emotividad, porque cuando se trata del dolor, de la guerra y de la muerte, nadie con conciencia biológica —no digo ya humanidad— puede resultar lejano emocionalmente. Un libro que es ejemplo de cómo un producto de gran calidad académica y científica no tiene por qué estar reñido con la posibilidad de una lectura cercana y participativa. Un libro que nos acerca a la diferencia del que es joven y el que es violento. Un libro, en fin, del que hay que aprender y que nos vale a todos; no sólo a los que hacen etnografía, no sólo a los jóvenes estudiantes de antropología, sino a todos nosotros porque nos muestra extremos y límites de algo en lo que nos reconocemos y que, a veces, recurriendo al tópico, llamamos humanidad.

CARMEN ORTIZ GARCÍA

Dpto. de Antropología. CSIC. Madrid

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Vicente; María Ángeles CASADO DÍAZ y Andreas HUBER (eds.): *La migración de europeos retirados a España* (Madrid: CSIC, 2005), 343 pp.

Esta obra es fruto del trabajo realizado por una serie de investigadores reunidos a través de la Red Científica «International Migration in Europe» de la *European Science Foundation*. Su objetivo es analizar un grupo de migrantes europeos a España, bastante inusual, tanto por la atención que ha recibido en el panorama general de estudios sobre inmigración, como por las características que presenta en relación con otras corrientes migratorias en nuestro país. Por este motivo y por la importancia del impacto del grupo en las estructuras sociales españolas, en el presente y en el futuro según argumentan las predicciones de los autores, el trabajo es de enorme importancia y me gustaría señalar los que, en mi opinión, son sus principales méritos.

En primer lugar, demuestra la necesidad de análisis interdisciplinarios, como el que han hecho los autores, a la hora de tratar fenómenos sociales que son complejos, tanto a la hora de abordar su estudio, como a la de evaluar su trascendencia social, en el pasado reciente, en el momento actual y en su proyección hacia el futuro. En concreto, los autores que reúne el libro proceden de la sociología, la antropología, la geografía, el derecho y la política social, fundamentalmente; son españoles y extranjeros, y abordan el estudio desde los lugares de origen y desde los de destino.

En segundo lugar, hace una aportación muy significativa al conocimiento de la inmigración en España porque complica sensiblemente el panorama desde un ángulo prácticamente olvidado en el ámbito académico español, introduciendo diferencias importantes que obligan a replantear algunos de los conceptos que se manejan en este tipo de estudios: interacción, gueto, conocimiento del idioma, características de la población, proyecto de vida, redes sociales, movilidad, uso de los servicios sociales, inmigración ilegal, integración, entre otros.

En tercer lugar, me gustaría señalar el valor del trabajo en relación con el estudio de la inmigración en general, directamente relacionado con el punto anterior. El análisis de los casos de estudio aportados plantea, como muchos de los autores señalan, un desafío importante a la hora de encuadrar este tipo de migraciones, compuestas de forma significativa por personas de edad avanzada, retiradas y procedentes de países ricos, muchos de los cuales no han fijado ni de forma permanente ni definitiva su residencia en el lugar de destino, pero cuyo traslado en términos temporales tampoco permite clasificarlos en sus lugares de origen. Se trata de un movimiento de población a caballo entre el país de procedencia y el nuestro, con un estatus legal que muchas veces no se corresponde con su lugar de residencia mayoritario; directamente relacionado con el turismo, porque muchos de ellos llegan primero como turistas y van paulatinamente cambiando su lugar de residencia y también porque se emplazan y emplean gran parte de la infraestructura de vivienda y servicios creadas para los turistas, que son optimizadas fuera de temporada con las personas que, por diversos motivos, evitan los inviernos duros de sus países de origen. Todas estas características imponen serias dificultades a las clasificaciones tradicionales, cuyos intentos de solución por parte de los autores, constituyen igualmente una aportación significativa al análisis de las migraciones.

En cuarto lugar, es necesario señalar las dificultades de los investigadores a la hora de obtener datos sobre este grupo de población a partir de las fuentes oficiales, en parte debido a las razones apuntadas en el punto anterior por ser difícilmente clasificable. Para hacer frente a este problema, los autores despliegan una enorme creatividad a la hora de buscar cualquier tipo de registros donde pueda quedar constancia de la presencia y el movimiento de estas personas. El análisis de todas estas fuentes, sus posibilidades y limitaciones, constituye un mérito reseñable del conjunto de los trabajos y de gran valor para otros especialistas.

En quinto lugar, la obra tiene la ventaja de reunir estudios diferentes que no permiten en ningún momento al lector la posibilidad de concebir a este tipo de población como un grupo homogéneo, sino al contrario, como un conjunto heterogéneo, cuyas diferencias entre sí plantean una enorme resistencia al tratamiento estadístico, no sólo global, sino ni siquiera dividido en pequeños sectores: todos los autores advierten de la falta de representatividad estadística de sus muestras, en parte causada por la dificultad de obtener datos de conjunto en fuentes oficiales, pero sin duda

debida a la diversidad de motivos para el traslado, estilos de vida, características, planes de futuro, etc. de los migrantes.

En sexto lugar, las conclusiones a las que llega la mayoría de los estudios en relación con el tema de la integración de esta población en la sociedad española abren posibilidades de análisis importantes para el futuro, cuando estos grupos sean mejor conocidos, en lo que se refiere al tema de las estructuras sociales en nuestro país, y en concreto a las infraestructuras de servicios que ofrece en relación con la sociedad del bienestar, cómo se utilizan, qué expectativas tiene la población de ellos y cuáles son sus limitaciones.

Por último, uno de los temas de mayor relevancia, en mi opinión, y que trasciende los objetivos del propio análisis pero al que, sin embargo, la obra ofrece una contribución importante y permite atisbar una mayor relevancia para el futuro, es el del análisis de las relaciones entre España y el resto de los países europeos de los que procede este tipo de población, no todos pertenecientes a la Unión Europea. El movimiento de población es fruto de este tipo de relaciones, pero también el desencadenante de futuros cambios, que se deben inscribir en un contexto mayor de movimiento transnacional de población en el continente.

Una vez señalados los que constituyen, a mi juicio, los méritos más importantes de la obra, quisiera detenerme brevemente en algunos de los problemas que me ha planteado y finalizar señalando algunas de las preguntas suscitadas por la lectura de los trabajos que reúne.

El tema del castellano ha sido el problema para mí más chocante, quizá porque podría haber sido fácilmente resuelto con una buena revisión por parte de los editores. La mayoría de los trabajos de los autores extranjeros (o de apellidos extranjeros) contiene errores de construcción en español que sorprenden en una edición de estas características. El caso más grave ha sido el del capítulo, «Residentes finlandeses de invierno en España», porque me ha resultado literalmente imposible entender algunos párrafos.

Por otra parte, la estructura del libro, que he señalado anteriormente entre los méritos, tiene también sus dificultades. Posiblemente resulta poco integrada, de manera que el lector tiene la impresión de empezar el libro de nuevo en cada capítulo. Quizá este defecto, que por otra parte tiene la ventaja de ofrecer perspectivas diversas, fruto de una aparentemente débil coordinación, introduce una cierta confusión, además de la sensación reiterativa.

El tema del tratamiento estadístico, al margen de los méritos que ya he señalado, me ha parecido paradójico en algunas ocasiones, especialmente en aquellas en las que, una vez advertido el lector de la no consistencia estadística de los datos, por la forma en la que ha sido obtenida la muestra, se ofrece fundamentalmente un tratamiento estadístico. En estas ocasiones he tenido la impresión de que después de la advertencia, es posible continuar como si las limitaciones no existieran, lo cual resulta en definitiva, cuando menos, chocante.

Finalmente, con respecto a las cuestiones suscitadas por el libro, cuyo planteamiento quedará para futuros estudios, es mérito de la obra el dejarlas entrever, aunque los autores no las hayan ni siquiera formulado.

En primer lugar el tema de la diferencia jurídica entre migrantes procedentes de países de la Unión Europea y los que no lo son, aunque hayan firmado acuerdos específicos con España o con la propia Unión. Esta cuestión jurídica debería tratarse como una variable relevante al menos en dos aspectos a mi juicio fundamentales: el

estatus legal de los propios migrantes en nuestro país y sus derechos a la hora de utilizar determinados servicios proporcionados por la infraestructura del Estado o de las comunidades autónomas.

Por otro lado, el tema de los impuestos y su relación con el punto anterior. No queda claro, aunque en algunos casos se apunte, qué tipo de trasvase o compensación se produce, si la hay, a la hora de obtener beneficios sociales derivados, en teoría, del sistema impositivo. Un tema que entre grupos inmigrantes en España de distinta procedencia habría suscitado una seria polémica.

Tampoco queda claro, aunque igualmente se obtiene una información fragmentaria en distintos artículos, el papel de los municipios receptores. Algunos autores ofrecen recomendaciones para el futuro, pero no existe un análisis detallado de su papel, en mi opinión, de gran relevancia y trascendencia.

El tema de la integración, que sí es objeto de análisis en la mayoría de los estudios, deja igualmente muchas cuestiones abiertas y, personalmente, creo que sería muy útil realizar análisis comparativos con respecto a otros grupos de personas inmigradas en nuestro país.

El papel de los españoles en relación a estos colectivos, sus expectativas y consideraciones, las fricciones, los puntos potenciales de conflicto y de cooperación, queda bastante desdibujado, especialmente teniendo en cuenta su relevancia. En este punto también creo que resultaría útil hacer análisis comparativos sobre la relación que las personas de la sociedad mayoritaria mantienen con colectivos de distinta procedencia.

Tanto las cuestiones señaladas, suscitadas directamente por el libro, como otras muchas de igual importancia, tienen su origen en una obra que, junto con otras en este panorama tan escaso, abre camino de gran trascendencia que será necesario seguir explorando, pero para el que los autores reunidos en *La migración de europeos retirados a España* sientan las bases que lo harán posible.

MARGARITA DEL OLMO

Dpto. de Antropología. CSIC. Madrid

CHECA BELTRÁN, José: *Romancero oral de la comarca de Martos* (Jaén: Instituto de Estudios Jiennenses, 2005), 232 pp. Prólogo de Paloma Díaz-Mas.

Parece cierto, ahora sí, que dentro de pocos años se desvanecerán los últimos eslabones de la tradición oral. Los depositarios del Romancero Oral, que ocupa un lugar señero en la literatura hispánica, pronto desaparecerán para siempre, y con ellos su saber romancístico, aprendido cuando la televisión aún no había invadido los hogares, y las gentes sencillas tenían como único alimento artístico la tradición oral.

Por ello, serán dignos de elogio todos los esfuerzos encaminados a escudriñar cuanto antes los rincones de nuestra geografía donde aún se preserve cualquier forma de narrativa oral. El presente libro comprende las fructíferas encuestas que su autor hizo en varios pueblos de la comarca de Martos (Jamilena, Torredonjimeno, Villardompardo y el propio Martos) en 1980 y 1981, así como una última recolección en Jamilena durante 2004. Esta última —que comprende algunos romances recogidos en la anterior— permite comparar las transformaciones ocurridas en el transcurso de un cuarto de siglo. A pesar de la progresiva pérdida de la tradición oral, no puede decirse que el trabajo de campo de 2004 haya sido, ni mucho menos, infructuoso: como este vo-

lumen demuestra, aún existen cantoras de romances, aunque ninguna esté por debajo de los setenta años de edad.

Nunca se había realizado una recolección de este tipo en la zona investigada por José Checa: es muy raro hallar un romance de Martos en la encuesta andaluza de Manuel Alvar. Además de esto, que sepamos, en la provincia de Jaén solo se había examinado hasta ahora la zona de Sierra Mágina (José Manuel García y Víctor Garrido, *Literatura de tradición oral en Sierra Mágina*, 1991). Resulta sorprendente la poca atención que se ha dispensado a un territorio presumiblemente muy rico en literatura oral, dada su intrincada y recóndita orografía. Según estos datos, hemos de conferir un valor especial a los romances de este libro, casi los únicos hallados en la demarcación jiennense.

El volumen -distinguido con el Premio Cronista Cazabán 2004, de la Diputación Provincial de Jaén- se abre con un interesante prólogo de Paloma Díaz-Mas, reconocida especialista en la materia, quien, con mucha razón, subraya la creciente importancia que los estudiosos confieren a los romances vulgares y de ciego, tras haber sido prácticamente ignorados por una historiografía que concedió su atención y preferencia a los romances tradicionales más arcaicos.

Sigue un extenso estudio introductorio, donde José Checa actualiza el «estado de la cuestión» acerca de los estudios sobre el Romancero Oral, y resume las cuestiones teóricas e históricas al respecto. El *corpus* de romances que ofrece el libro es inédito; no incluye romances de otras colecciones, todos ellos han sido recogidos por el doctor Checa Beltrán, que los ordena según la clasificación propuesta por Virtudes Atero en su *Manual de encuesta del Romancero Andaluz. Catálogo-Índice* (2003). Una clasificación que en última instancia se remite, con algunas variaciones, al sistema ideado por Menéndez Pidal, basado en criterios genéticos y temáticos. La elección como referencia del *Manual* de la profesora Atero parece acertada por la conveniencia de unificar criterios en el ámbito de la tradición oral andaluza.

Según estas premisas, los romances del libro se presentan divididos en dos grandes grupos, los «tradicionales» y los de «ciego». En el primero se incluyen veintiséis romances, y en el segundo, treinta y cuatro. Todos van precedidos de una ficha que comprende los datos externos referidos a informantes, fechas, localidad, etc. Por otra parte, resulta de gran utilidad que cada romance vaya acompañado del número que posee en los catálogos más importantes, el *Catálogo General del Romancero Hispánico* (CGR) del Seminario Menéndez Pidal, el de Armistead en *El Romancero judeo-español*, el de Manuel Da Costa Fontes en su *Romanceiro Português e Brasileiro* y, finalmente, el del ya citado manual de Virtudes Atero. En el grupo de los romances de ciego solo figuran, obviamente, los números del CGR y del *Manual* de Atero. Cada romance, asimismo, va precedido de un breve estudio, donde se dan noticias sobre su origen, antigüedad, contenido, etc. Las atinadas y numerosas notas a pie de página proporcionan información complementaria sobre cuestiones diversas. Finalmente, merece destacarse que los textos orales han sido transcritos con una cuidadosa preocupación filológica.

Los dos grupos de romances citados tienen un interés diferente: los «tradicionales» poseen indudablemente un mayor valor literario, pero en el grupo de los romances «de ciego» (cuya falta de «tradicionalidad» es discutible, tal y como se explica en el libro) existen algunos que no han sido recogidos anteriormente en ninguna otra colección, y, además, en su conjunto, ofrecen un campo de investigación muy abierto, aún vírgen en muchos aspectos.

No sería pertinente enumerar aquí todos los romances presentes en el libro. En el caso de los «tradicionales», referiré sumariamente que proceden del ciclo carolingio, de la tradición clásica, de la narrativa caballeresca medieval, de baladas europeas, de la Biblia, etc., o que su temática versa sobre la conquista amorosa, la familia, el incesto; los hay devotos, burlescos, de juegos, etc. En cuanto a los «de ciego», predominan los de tema amoroso y familiar: amores pasionales, desgraciados, abandonos y reencuentros, burlas eróticas, etc. También los hay sobre historia contemporánea, guerra de Cuba y guerra de Marruecos, por ejemplo.

Los romances «de ciego» constituyen un venero riquísimo para estudiar las mentalidades y costumbres de las clases populares en los dos últimos siglos, para conocer una España miserable donde los pobres se ven obligados a prostituirse o emigrar para escapar de la indigencia, a militar en guerras coloniales ajenas a sus intereses, a llevar, en definitiva, una vida de infortunio sin remedio. Es el mundo de las clases más desfavorecidas, ignorantes, explotadas económicamente y reprimidas en sus instintos naturales por una mentalidad religiosa asfixiante, que les conduce al incesto o al crimen, temas muy frecuentes en estas composiciones.

En síntesis, este romancero de la comarca de Martos nos parece una muy interesante aportación al conjunto del Romancero Oral hispánico, con un valor añadido por reflejar el estado de la narrativa oral en una zona que nunca había sido encuestada. Se trata de una colección de romances muy apreciable, editada con criterios filológicos serios. El libro habría resultado redondo si hubiera ido acompañado de un CD que recogiese las voces de las «informantes»; se habría facilitado así el posterior estudio musical de estos textos. Finalmente, no podemos dejar de encomiar la excelente labor desarrollada por el Instituto de Estudios Jiennenses, cuyos esfuerzos a favor de la recuperación del patrimonio cultural de Jaén suponen, a la postre, el rescate de una parte de la cultura española. Es el caso de este libro y de muchos más, tan bellamente editados por esa modélica institución.

ESTHER MARTÍNEZ LUNA

KOÉN-SARANO, Matilda: *Por el placer de kontar. Kuentos de mi vida* (Yerushaláyim: Nur Afakot, 2006), 477 pp. Prefación de Tamar Alexander.

Hace un par de meses escasos me llegó una mañana un abultado paquete con visas de contener un libro. Llevaba el remite de Matilda Koén-Sarano de Jerusalén y supe que por fin iba a encontrarme con el tesoro que había largo tiempo esperado. En efecto, tenía ya conmigo, aunque aún no lo supiera, el libro más emotivo, cálido y humano salido de la pluma de esta narradora sin par.

Matilda recoge en estas 477 páginas (24 × 17), densas y graciosamente escritas, casi 300 cuentos que reflejan no sólo lo que ha sido su vida y la de su familia en los últimos 100 años, sino las vicisitudes del mundo sefardí y del Estado de Israel desde los años 60 del siglo pasado hasta hoy, englobadas en una cultura judía mucho más amplia. Al mismo tiempo, constituye un testimonio de primera mano acerca de los usos y costumbres particulares de los judíos sefardíes, así como de la lengua judeoespañola, que tiende sus raíces en las lenguas y dialectos hablados en la Península Ibérica en 1492. Es, propiamente, un retazo de la historia del pueblo sefardí, contado en forma de cuento, y en la lengua que le es propia: el judeoespañol. Los

tres elementos hacen, pues, que nos encontremos de por sí ante un libro extremadamente singular. El *plazer* es nuestro de adentrarnos en él...

Como advierte la Prof. Tamar Alexander, Directora del «Sentro Moshé David Gaón de Kultura Djudeo-Espanyola» de la Universidad Ben-Gurión en Beer-Sheva (Israel), en su magnífica *prefasión*, esta forma de narrar la propia vida en forma de cuento es un género literario en alza que ha alcanzado gran auge en los últimos tiempos hasta despertar el interés de los investigadores. No podía faltar tampoco entre los sefardíes contemporáneos teniendo en cuenta que tradicionalmente el pueblo sefardí ha destacado ampliamente en el campo de la cuentística, tanto oral como escrita, y nos ha legado numerosos testimonios. En este sentido, se puede muy bien afirmar que el cuento popular judeoespañol es una expresión de su identidad étnica.

El libro, además de la *Prefasión* de la profesora Alexander, lleva una *Entroduksión* y dos breves encabezamientos de la autora: *Ansí empesó* y *En prinsipio*, y se ha dividido en doce capítulos: 1) Al tiempo... (1900-1938); 2) «La ora mas eskura es la del amanecer» (1938-1945); 3) Los kuentos de mi nono (1945-1958); 4) «De ande vienes?» (1958-1961); 5) «El ebreo es difisil!» (1962-1972); 6) El sírkolo se serra (1973-1981); 7) Si kreyen en ti... (1982-1986); 8) Kuando es mazal (1986-1989); 9) Después de kinyentos anyos (1986-1989); 10) Reprezentar el Estado (1992-1994); 11) La fuersa de la lingua (1994-1999); 12) Todo tiene su razón (2000-2004). A él se han añadido una lista de los personajes que aparecen mencionados en los textos y un glosario que aclara la terminología dificultosa para el lector español, especialmente los términos que se han incorporado al judeoespañol del hebreo o del turco y que no son fácilmente identificables para un lector no especialista. Por ello una eventual dificultad terminológica se subsana fácilmente con sólo cotejar unas líneas. El texto se ha ilustrado, además, con fotografías del archivo familiar; algunas son añejas, otras menos, pero unas y otras contribuyen a recrear el clima profundamente personal y emotivo, cercano y a la vez inabizable de una experiencia vital sobrecogedora.

En general, y por lo que respecta al cuento personal, éste se basa sobre una experiencia emocional real y es contada en primera persona, aunque algunas veces el narrador no sea el propio protagonista. Esta experiencia debe, sin embargo, cumplir unos cuantos requisitos: 1) ser un acontecimiento dramático; 2) incluir una trama, su desarrollo y resolución; y 3) ser verdadero. El cuento se desarrolla en varias fases: 1) resumen de su contenido, generalmente explícito o implícito en el título; 2) orientación: definición del tiempo, lugar y figurantes principales (*kuándo?, ónde?, ken?*); 3) acción: desarrollo de la trama (*kuálo akontesió?*); 4) valoración, del narrador o de los personajes implicados, de los sucesos narrados (*para ké viene kontado este kuento?*); 5) desenredo de la trama (*kuálo akontesió a la fin?*); 6) moraleja.

En un principio, los cuentos de Matilda se organizan de forma diacrónica, sin embargo, operan en unos cuantos círculos que los engloban en una realidad sincrónica más amplia (la familia, la etnia, el círculo israelí y la cultura judía en general) a los que siempre, de un modo u otro, se regresa andando en el tiempo. La autora se agiganta personal y profesionalmente. Es niña, esposa, madre y abuela; es bachiller, funcionaria del Ministerio del Exterior de Israel, *contadera* de cuentos —la mejor, sí—, profesora y escritora. Y el lector crece con ella en cada uno de esos estadios: desde el tiempo de sus abuelos en la Turquía otomana («Matrimonio combinado», «El ponte de Chakidjí», «Las milizinas de akeyos tiempos»), pasando por su infancia en Roma y Milán («Al jardino de criaturas en Roma», «La punisión de la nona») y su refugio italiano durante la segunda guerra mundial («Los almanes y las geynas», «Kumida

de tiempo de gerra»), su boda en Italia con un yemenita *manseviko flako i eskuro de kuero* («Aarón», «El dulce de kayisí») y su *aliyá* («subida», inmigración a la tierra de Israel») («De ande vienes?», «La primera fiesta en Yerushaláyim»), sus dificultades para acomodarse al estilo de vida israelí con tres hijos a sus espaldas («Pishkado bivo», «Lisiones de ebreo»), su trabajo en el ministerio («Aprendizaje»), en la radio («Si kreyen en ti...») o en los *sírkolos* de *contaderas* de cuentos y cantadoras de cantes («I finalmente me echaron al jurnal...», «El sírkolo de las contaderas»), en la universidad («No ay tiempo!») y en congresos y reuniones científicas, nacionales e internacionales («Reflexiones lingüísticas», «Djohá en Helsinki»), como escritora («El diccionario») y *contadera* de cuentos («Una verifikasión»), y, por fin, en sus viajes («Tomar un taksí en New Cork», «Nes al Cidicsef [Buenos Aires]»), que la han llevado a propagar la cultura judeoespañola por todos los continentes con su buen hacer, su buen querer y su sonrisa, que nunca la ha abandonado. Una buena parte de cuentos narran, a su vez, las experiencias acontecidas con ocasión de algún cometido de su esposo como destacado maestro y político («Séder en el dezierto», «El retorno»). Concretamente este último cuento narra las vicisitudes de la misión israelí en Etiopía, en la que él participó, para negociar la salida de ese país de todos los judíos que finalmente se produjo en dos fases (1981-1983 y 1992) y marcó un hito en la historia del judaísmo contemporáneo.

La implicación del lector en los cuentos personales, y especialmente en los de Matilda, se debe a que el autor despierta inmediatamente la solidaridad del lector con el recuerdo de las experiencias de su propia vida, se crea un canal muy fuerte de comunicación e identificación que confunde las experiencias emocionales autor-lector porque es muy fácil identificarse con ellas. Matilda, además, no rehuye abordar las experiencias más amargas por las que debió pasar: la muerte de sus padres, un aborto, enfermedades de sus hijos y muchos, muchos, momentos de debilidad. Tal vez una de sus experiencias emocionales más representativas sea la que le llevó a reconocer, en 1979, que su meta en la vida pasaba por dedicarse de lleno a la lengua y literatura judeoespañolas: «No estó entendiendo kuálo me está akontesiendo! Yo nasí i kresí en Italia, bivo en Israel de dizimueve anyos, i no savía ke tenía esto todo adientro de mí. No estó entendiendo de ande me está viniendo el dezeo de eskriver en djudeo-espanyol, de okuparme de su kultura i de su folklor, ke estó sintiendo agora komo una parte endivizable de mí!» (p. 219).

La dedicación de Matilda a la lengua, la literatura y el folclore sefardíes no ha cejado desde entonces. Quienquiera que se acerque al legado sefardí y a lo escrito en el último cuarto del siglo XX se topará inevitablemente con el nombre de Matilda Koén-Sarano. A ese lector que aún no ha tenido el privilegio de conocer a la persona y/o a su obra, le recomiendo que antes de abordar cualquier otra se abandone a este *Por el plazer de kontar*, la esencia y la síntesis de su propia vida, tras la cual le será muy fácil entender las demás: hasta hoy, dieciocho libros y tres CD.

Por el plazer de kontar es, en definitiva, un libro que llega al corazón porque destila amor, sencillez, ingenio, humor e ironía, aún en la narración de los peores momentos, y que va trazando círculos concéntricos a medida que se amplía el horizonte vital de la autora. Un libro cálido e imprescindible, no sólo para conocer un poco más acerca de los diferentes modos de vida y costumbres en las comunidades sefardíes de este último siglo, algunas bien distintas incluso entre lugares cercanos («Ospitalidad djudeo-espanyola», «La tavlá de dulce»), o para mirar al interior vecino de ese judeoespañol de hoy que decimos amar sin apenas conocerlo, sino para bucear en lo más hondo del alma humana y admirarse de cómo, aunque no les guste a algunos,

sigue habiendo quien goza hoy en día hablando en judeoespañol, se ha hecho abandonado de su enseñanza y quiere transmitirlo a toda costa a las generaciones posteriores.

Como colofón he escogido uno de los cuentos más cortos, obviamente por motivos de espacio, para captar la atención del futuro lector. Es del año 1992 y se titula *Después de kinyentos anyos* (p. 334), que curiosamente incide en uno de los tópicos más socorridos de la cultura sefardí: el orgullo de sus componentes por su herencia hispana. Es habitual encontrar al final de muchas obras rabínicas sefardíes antiguas, de la índole que sean, la abreviatura ן"ן (s"t), que no significa *sefardí tabor* 'sefardí puro, sefardí de casta' (que equivaldría a 'auténtico descendiente de los judíos de España'), queriendo indicar esta condición en el autor, como han pretendido algunos —no sabemos en qué grado de alevosía—, sino *sofó* (o *sofi*) *tob* 'que su (mi) fin sea bueno':

Un día dishi a Yossi [el hijo de Matilda], riyendo: «Ke te sta pareciendo? Yo no sé una persona semple! Yo sé una 'sámeh tet' (*sámeh* i *tet* son dos letras del alfabeto ebreo)!».

«Ke kere dizir 'sámeh tet?', me demandó él.

Le dishi: «Kere dizir ke yo sé una sefardiá *teorá* (pura)!, mizmo si ya sé ke la sinyifikasió verdadera de 'sámeh tet' es '*sofi tov*': 'ke mi fin sea buena'.

Me responde él: «Ke te sta pareciendo a ti! Yo sé un 'sámeh taf' (*taf* es la última letra del alfabeto ebreo)!».

«Ke kere dizir 'sámeh taf?', le demandí yo, muy maraviyada.

Me dize: «Un sefardí-*temaní* (yemenita)!, porké sé ijo de madre sefardiá i de padre yemenita.

Esta yo no la tinía nunca sintida, ma siguramente la vo kontar a todos!

¡El Dio ke te de larga vida, Matilda, para ke puedas inchir aínda las pájinas ke mankan!

PILAR ROMEU FERRÉ

Barcelona

GARCÍA SÁNCHEZ, Jairo Javier: *Toponimia mayor de la provincia de Toledo (zonas central y oriental)* (Toledo: Diputación de Toledo, 2004), 573 pp.

Hace siete años aparecía, también de manos de García Sánchez, la *Toponimia mayor de la Tierra de Talavera*, de modo que, con la publicación en 2004 de la *Toponimia mayor de la provincia de Toledo (zonas central y oriental)*, se completa el análisis de los nombres de los lugares habitados de la provincia de Toledo, contribuyéndose así a llenar el vacío existente en los estudios toponímicos de esta área geográfica.

El libro que aquí reseñamos es resultado de la adaptación de la tesis doctoral de su autor, que fue defendida en el Departamento de Filología de la Universidad de Alcalá en junio de 2001, distinguida por la Sociedad de Condueños de los edificios que fueron Universidad de Alcalá con el premio a la mejor tesis doctoral de la Facultad de Filosofía y Letras del año 2001. El trabajo no se limita, a pesar de su título, a los topónimos mayores, sino que el autor se detiene además en dar explicaciones sobre los corónimos, esto es, los nombres que designan grandes extensiones de terre-

no, tales como *La Mancha*, los *Montes de Toledo*, la *Sagra* o la *Jara*, entre otros, además de unos pocos nombres de entidades locales menores, aldeas y caseríos. El estudio principal es, eso sí, el referido a los topónimos mayores, entendiendo estos como los nombres de los lugares poblados.

Como se señala en el primer capítulo, de carácter introductorio, García Sánchez no ha optado para su estudio toponímico de Toledo por un único enfoque metodológico, sino que ha configurado su propio método tomando aquellos aspectos de cada orientación que más apropiados resultaban para los objetivos de la investigación, ya que «es conveniente estudiar los topónimos teniendo en cuenta todos los enfoques metodológicos posibles porque un análisis toponímico será tanto más completo cuantos más aspectos diferentes aborde» (p. 28). A pesar de lo anterior, el autor no pasa por alto el principal carácter lingüístico de los estudios de toponimia, pues sólo un especialista de sólida formación filológica, con amplios conocimientos sobre el léxico, las etimologías, la morfología y la historia de la lengua en general, podrá enfrentarse con éxito a los problemas que el estudio de los topónimos plantea.

Para el análisis de los topónimos de un área determinada es imprescindible conocer la geografía de dicha área, por un lado, así como su historia, por otro, debido a las importantes consecuencias que la configuración del terreno y los hechos históricos tienen sobre los nombres que se imponen a los lugares. Del mismo modo lo entiende García Sánchez, quien presenta, antes de nada, un breve resumen de la geografía de la provincia de Toledo, tanto en su aspecto político como en su aspecto físico, seguido de una revisión general de los principales momentos históricos que la provincia de Toledo ha vivido: la etapa prerromana, la romana, la visigótica y la musulmana, la Reconquista y la repoblación, la Edad Moderna y la Contemporánea. Vemos así que la historia de Toledo se caracteriza, entre otras cosas, por la gran variedad de los habitantes que han ido ocupando sus tierras a lo largo del tiempo; habitantes que, en épocas sucesivas, han «bautizado» (si se me permite usar esta palabra referida a una población) los lugares en los que vivían. Pero, además del marco geográfico e histórico, el autor tiene en consideración el contexto lingüístico, es decir, el habla toledana, para lo cual incluye, en este mismo capítulo introductorio, una breve caracterización de esta variedad, a partir de los resultados de los principales estudios, diacrónicos y sincrónicos, realizados para esta zona.

El segundo capítulo lo constituye el «Estudio toponímico y etimológico» de los nombres de lugar de Toledo, donde incluye la explicación del nombre de 139 localidades toledanas, que van desde *Ajofrín* hasta *Yuncos*, pasando por *Bujurón*, *Camarena*, *Dosbarrios*, *Illescas*, *Marjaliza*, *Pelabustán*, *Seseña*, *Villamuelas*, *Yepes* y el propio *Toledo*, entre muchas otras, además de 13 corónimos y de 7 entidades menores, como señalábamos anteriormente. En el examen de cada uno de los nombres, consignados por orden alfabético, se sigue la misma estructura de apartados, que son resultado del método empleado en el estudio:

1) Breve indicación sobre la *situación topográfica* de la población, que tendrá especial importancia si el topónimo es, en su origen, un orónimo, fitónimo o hidrónimo.

2) *Gentilicio* o gentilicios conocidos que los habitantes del pueblo reciben, ya que estos nombres transparentan, en algunos casos, un estado evolutivo anterior del topónimo del que se derivan; se incluye en muchos casos, además, el gentilicio comarcal.

3) Indicación de la *documentación* del topónimo, separando, en todos los casos en los que es posible, la documentación antigua de la medieval, la moderna y la

contemporánea, de manera que se puedan observar los diferentes estadios por los que el topónimo ha ido pasando. Para obtener las formas documentadas antiguas de los nombres de lugar, García Sánchez ha rastreado las fuentes epigráficas antiguas y las obras geográficas, entre ellas el *Itinerario de Antonino*, del siglo III. Acude también a catálogos de inscripciones romanas, como el *Corpus Inscriptionum Latinarum*, a repertorios como las *Fontes Hispaniae Antiquae* o a obras como la *Geografía* de Ptolomeo o la *Historia Natural* de Plinio. Para las documentaciones medievales y modernas, el autor ha examinado los testimonios recogidos en archivos y bibliotecas, especialmente en la Biblioteca y Archivo de la Diputación Provincial de Toledo, el Archivo de la Catedral de Toledo, el Archivo Histórico Nacional, el Archivo de la Real Academia de la Historia o el Archivo del Instituto Valencia de Don Juan.

4) *Explicación* del topónimo, donde se indica, por una parte, la *motivación* que da origen al nombre, esto es, las razones que han llevado a que las denominaciones sean las que son y no otras; por otra parte, se señala la *etimología*, ofreciendo no sólo la forma originaria sino también las distintas formas intermedias, hasta llegar al resultado que tenemos hoy. Se recogen, en el caso de que éstas existan, las diferentes explicaciones etimológicas dadas por otros especialistas para los topónimos analizados, confirmando o desmintiéndolas y ofreciendo, además, etimologías e hipótesis nuevas.

5) Enumeración de *topónimos análogos o de referencia*, posibilitándose así una comparación entre los nombres que permita observar procesos lingüísticos paralelos y el establecimiento de hipótesis sobre la evolución de los nombres.

Tras el estudio pormenorizado de cada uno de los nombres, se incluye un capítulo referido al «Estudio léxico y morfológico» de los topónimos, en el que el autor examina de manera global los datos obtenidos en el análisis de los nombres de lugar. En el estudio léxico se clasifican los topónimos según su lengua de origen, ya que estos constituyen un testimonio de las diferentes etapas de la historia de los lugares, pues sobre los nombres más antiguos se superpusieron otros en épocas sucesivas. Así, García Sánchez advierte que el corpus de nombres de lugar analizados es «el conglomerado resultante de la suma de esas capas o estratos toponímicos, reflejo a su vez de las etapas históricas y lingüísticas» (p. 409). Para cada uno de los apartados, correspondientes a los diferentes estratos toponímicos, se adjunta un mapa, de modo que se cartografían por separado los topónimos pertenecientes a cada uno de los diversos orígenes. Se distinguen en primer lugar los «Topónimos prerromanos o con componentes prerromanos», nombres relacionados, en muchas ocasiones, con la orografía e hidrografía y entre los que se encuentran algunos tan destacados como *Consuegra*, *Illescas* o *Toledo*; después, los «Topónimos romanos o de carácter latino», tales como *Carmena*, *Mocejón* o *Totanés*, entre otros; consigna a continuación los «Topónimos germánicos o con componentes germánicos», entre los que se citan algunos como *Godos*, *Quismondo* o *La Guardia*. «Topónimos de origen oriental o con componentes orientalizantes» son algunos como *Escalona*, *Hambrán* (en el compuesto *La Torre de Esteban Hambrán*) o *Miguel* (*Miguel Esteban*), grupo en el que destaca la identificación entre *Escalona* y la antigua ciudad palestina de *Ascalón* o *Ascalona*. Un conjunto importante en los topónimos toledanos lo constituyen los «Topónimos árabes o con componentes árabes», entre los que se consignan algunos como *Aceca*, *Alcabón*, *Azucaica*, *Borox*, *Chueca* o *Maqueda*, entre otros; en cuanto a los «Topónimos romances», se separan, por un lado, los mozárabes o con intervención mozárabe (*Arcoíllar*, *Carriches*, *Lominchar*, *Manzaneque*, etc.) y los castellanos, por otro (*Ciruelos*,

Hormigos, Layos, Noblejas, Otero, El Romeral, etc.), constituyendo estos últimos, como es natural, el grupo más numeroso entre los topónimos mayores de la provincia de Toledo; por último, se analizan los «Topónimos de origen dudoso»: *Cobeja, Hustán (Pelabustán), Miel (Villamiel de Toledo) y Olías (Olías del Rey)*.

A la clasificación según el origen le sigue una agrupación por asociaciones semánticas, aunque se nos advierte de que se trata de «una clasificación no del significado toponímico, sino del significado de las palabras en el momento de dar lugar a los topónimos» (p. 428), puesto que los topónimos, en sentido estricto, son designadores carentes de significado. En esta clasificación cada grupo aparece acompañado, al igual que sucedía con las agrupaciones según la lengua de origen, por su mapa correspondiente. Se separan de este modo los topónimos que designan tipos de poblamiento; los que se refieren a construcciones o edificios religiosos, militares o civiles; los odónimos, es decir, los que designan las vías o caminos; los orónimos, referidos a elevaciones, vaguadas o depresiones, llanuras y demás características del terreno; los topónimos indicadores de aspecto o estado; los hidrónimos; los fitónimos; los zoónimos; los designadores de espacios o actividades agrícolas, ganaderos o comerciales; los antropónimos o los hagiónimos, entre otros.

Pasando al nivel morfológico, se estudian de manera pormenorizada los procedimientos de derivación mediante sufijación y adición de terminaciones propiamente toponímicas, tales como *-al* o *-ar* (*Arcicóllar, Honanar, Lominchar, El Retamal, etc.*), *-aña* (*Cabañas de la Sagra, Cabañas de Yepes, Ocaña*), *-az* (*Orgaz*), *-ibe* (*Carriches*) u *-ón* (*Alcabón, Burujón, Mocejón*), entre otros, explicando el origen y etimología de cada uno de estos sufijos o terminaciones; la flexión, con especial atención a los topónimos en plural que, a pesar de su forma, designan entidades individuales, tales como *Canales, Villatobas* o *Yuncos*; la composición con sus diferentes tipos (compuestos perfectos, imperfectos, coordinativos y subordinativos, divididos a su vez en varios subtipos) y, por último, la composición y derivación conjunta, que se da en casos como *Alameda de la Sagra, Cabezamesada, Cedillo del Condado* o *Las Ventas con Peña Aguilera*, entre otros.

Posteriormente, el autor recoge, en el capítulo de «Conclusiones generales», las características y rasgos más destacados de la toponimia mayor de Toledo detectadas en su investigación. Así, observa que la toponimia del área estudiada es «en su mayor parte de repoblación —repoblación cristiana—» (p. 493), configurada tras la reconquista de la ciudad de Toledo en 1085. En relación con este proceso de repoblación, se señala como una de las características más notables la presencia vascuence entre los nuevos pobladores del territorio, hecho deducible a través de topónimos como *Erustes, Recas* u *Orgaz*. También los nombres visigóticos tienen una importancia relativa, que se hace más destacada si tenemos en cuenta la escasa huella que este pueblo ha dejado en general en la toponimia española. Como ya señalábamos más arriba, son multitud los nombres de lugar de origen árabe que García Sánchez encuentra en su estudio; por otra parte, el elemento mozárabe parece tener también un peso importante en la zona. Destacan asimismo las reponimicaciones, esto es, los cambios de unos topónimos por otros, debidas a traslado de la población, a decisiones personales de reyes o señores, o a intereses políticos e ideológicos, entre las que resulta llamativo el caso de *Numancia de la Sagra*, llamada así tras la Guerra Civil en honor del escuadrón del bando nacional que la conquistó, eliminándose de este modo el anterior nombre, *Azaña*, que casualmente coincidía con el del presidente de la República, Manuel Azaña.

Ya para terminar, hemos de señalar que el trabajo responde a las expectativas que

genera su título; efectivamente, estamos ante un estudio de la *toponimia* de las zonas central y oriental de la provincia de Toledo y no ante un estudio de los *topónimos*, pues, aunque el autor sabe bien que cada topónimo tiene su propia historia, no se limita a analizar cada uno de ellos por separado, sino que se preocupa por buscar las características comunes, ofreciendo así un estudio pormenorizado y completo. La inclusión de mapas, en los que se cartografían los topónimos estudiados, así como el minucioso análisis léxico y morfológico dan idea de esta preocupación por obtener una visión a la vez detallada y global.

IRENE VICENTE MIGUEL
Universidad de Alcalá